



**LA CASA DE LAS
ALCAS**

CLIFFORD D. SIMAK

© 1977 by *Random House*

Publicado en NUEVA DIMENSION N° 112 — MAYO DE 1979

Título Original

AUK HOUSE

Traducción de Elías Sarhan

Escaneado por Hugo-h

David Latimer se hallaba perdido cuando encontró la casa. Había emprendido el camino hacia Wyalusing, un pueblo del que sólo había oído hablar pero que nunca visitó, y aparentemente había tomado el camino equivocado. Había atravesado dos pueblos pequeños, Excelsior y Navarra, y si las señales del camino eran correctas en unos pocos kilómetros más llegaría a Montfort. Esperaba que en Montfort alguien pudiera orientarlo nuevamente.

El camino era una carretera de condado tortuosa y estrecha, con poco tráfico. Serpenteaba a través de los accidentados promontorios que descendían hasta la costa, flanqueados por abedules y árboles que raramente estaban fuera del alcance de los sordos estruendos de las olas que golpeaban contra los gigantescos bloques de piedra que había sobre la playa.

El coche estaba ascendiendo una larga y empinada colina cuando vio por primera vez la casa, situada entre el camino y la costa. Era una construcción irregular y grande de ladrillo y piedra, que hacía gala de dos chimeneas iguales a ambos lados, situada frente a un bosquecillo de abedules y a tanta altura de la tierra que parecía flotar contra el cielo. Aminoró la marcha, saliendo de la carretera para observarla mejor.

Hasta la entrada de la casa ascendía un camino semicircular de ladrillo. Unos pocos robles crecían en el bien cuidado césped, y bajo su sombra había exquisitos bancos de piedra que tenían el aspecto de no haber sido utilizados nunca.

Para Latimer el lugar parecía poseer un agradable aire de hechizo... un sentido de privacidad, de antigua dignidad, como si se hallara retirada del mundo. En el jardín delantero, desfigurándola, profanándola, había clavado un gran letrero:

SE ALQUILA O SE VENDE
VEA LA INMOBILIARIA DE CAMPBELL
MEDIO KILÓMETRO POR LA CARRETERA

Y una flecha que señalaba hacia qué lado del camino.

Latimer no hizo ningún movimiento para continuar por la carretera. Permaneció inmóvil en el coche, contemplando la casa. El mar, pensó, está simplemente más allá; uno probablemente podría verlo desde una ventana del segundo piso de la parte trasera.

El comentario de una tranquilidad similar era lo que le había impulsado a buscar Wyalusing... un lugar en el que podría pasar unos pocos y tranquilos meses pintando. Un sitio más modesto que este, quizá, aunque la descripción que había recibido del lugar había sido más bien superficial.

Demasiado cara, pensó, mirando la casa; probablemente más de lo que podría pagar, aunque, con el último par de ventas que había realizado,

momentáneamente tenía dinero, sin embargo, quizá no fuera tan cara como él pensaba, se dijo a sí mismo; un lugar como este tendría poco atractivo para la mayoría de la gente. Era demasiado grande, pero para él aquello no cambiaba nada; se podría establecer en un par de habitaciones por los pocos meses que permanecería allí.

Es extraño, pensó, la atracción interna que tenía la casa para él. La instintiva y espontánea atracción, el instantáneo conocimiento de saber que este era el lugar que tenía en mente, sin haberlo sabido hasta ahora. Es vieja, se dijo a sí mismo: un siglo, dos siglos, posiblemente más. Construida por algún barón olvidado. Parecía haber estado deshabitada por cierto número de años. Habría murciélagos y ratones.

Puso el coche en marcha atrás y retrocedió lentamente hasta la carretera, mirando por encima de su hombro hacia la casa. A medio kilómetro del camino, al comienzo de lo que probablemente fuera Montfort, aunque no había ninguna señal que lo dijera, a mano derecha, había un letrero torcido y combado sobre una vieja choza que anunciaba la Inmobiliaria de Campbell. Con pocas intenciones de hacerlo, su mente, aún indecisa, condujo el coche fuera de la carretera y aparcó fuera de la choza.

En el interior, un hombre de mediana edad vestido con unos pantalones y un jersey de cuello vuelto estaba sentado con los pies sobre un escritorio lleno de papeles.

—Vengo para preguntarle —dijo Latimer— acerca de la casa que hay en la carretera. La que tiene el camino de ladrillos.

—Oh, esa —dijo el hombre—. Bien, se lo diré, forastero: ahora no puedo mostrársela. Estoy esperando a alguien que desea ver el lugar de los Ferguson. Aunque lo podríamos arreglar si le doy la llave.

—¿Me podría dar una idea de cuanto cuesta el alquiler?

—¿Por qué no la mira primero? Véala. Siéntala. Vea si usted encaja dentro de ella. Si le gusta, podemos hablar. Es un lugar difícil. No cumple con los requisitos de mucha gente. Demasiado grande, por un lado, y demasiado vieja. Podría hacerle un precio especial.

El hombre quitó los pies de la mesa, dejándolos caer sobre el suelo. Buscando en un cajón, extrajo una llave con una etiqueta y la arrojó sobre el escritorio.

—Visítela y luego vuelva —dijo—. Este negocio de los Ferguson no me llegará más de una hora o dos.

—Gracias —dijo Latimer, tomando la llave.

Aparcó el coche frente a la casa y ascendió los escalones. La llave abrió fácilmente la cerradura y la puerta se deslizó con suavidad sobre goznes bien aceitados. Entró en un vestíbulo que iba desde el frente hasta la parte posterior, con una escalera que subía hasta el segundo piso y puertas que comunicaban en ambos lados a habitaciones de la planta baja.

El vestíbulo estaba en penumbra y frío., era un lugar de calma. Cuando avanzó, las baldosas no crujieron bajo sus pies tal como él hubiera pensado que sucedería en una casa de esta antigüedad. No había olor a cerrado, ni a humedad o moho; tampoco algún signo de murciélagos o ratones.

La puerta a su derecha estaba abierta, al igual que el resto de las puertas que había en el vestíbulo. Miró dentro de la habitación, un cuarto amplio, con luz que provenía del sol del este que inundaba el lugar, penetrando por unas ventanas que había a ambos lados de una chimenea de mármol. En la otra parte del vestíbulo había un cuarto más pequeño, con una chimenea en una esquina. Una biblioteca o un estudio, pensó. El cuarto más grande, indudablemente, había sido pensado, cuando se construyó la casa, como una sala de dibujo. Más allá del cuarto grande, al lado derecho, encontró lo que podía haber sido una cocina, con un gran horno de ladrillo que tenía un aspecto utilitario —utilizado, quizá, para cocinar en los viejos días— y frente a la cocina había un cuarto mucho más grande con otra chimenea de mármol, con ventanas a ambos lados y espejos incrustados en la pared; del techo colgaba un candelabro ornamental. Este, lo sabía, debía ser el salón comedor, el lugar adecuado para comensales formales.

Agitó la cabeza ante lo que veía. Tenía demasiada grandeza para él, era demasiado grande y mucho más elegante de lo que había pensado. Si alguien deseaba vivir del modo que este sitio lo requería, tan sólo en muebles le costaría una fortuna. Se había dicho a sí mismo que durante una residencia de verano podría utilizar tan solo un par de habitaciones, pero establecerse en un lugar como este sería un sacrilegio; la casa merecía que se la ocupara de un modo mejor que aquel.

Y sin embargo, aún mantenía su atracción. Había alrededor de ella un aire de apertura, de espacio, de tranquilidad. Aquí un hombre no se hallaría hacinado; tendría lugar para moverse. Brindaba una sensación de bienestar. En esencia, no era un lugar para estar, sino para vivir.

El hombre había dicho que resultaba difícil mudarse aquí, que para la mayoría de la gente resultaba poco atractiva —demasiado grande, demasiado vieja— y que haría un buen trato. Pero, con una sensación de desaliento, Latimer supo que lo que el hombre había dicho era verdad. A pesar de su atractivo, era demasiado grande. Requeriría demasiados muebles, incluso para permanecer en ella un solo verano. Y sin embargo, a pesar de todo esto, la atracción —casi una atracción física— hacia ella aún permanecía.

Salió por la puerta trasera del vestíbulo, emergiendo a una terraza ancha que abarcaba toda la extensión de la casa. Debajo de él yacía la pendiente de ancianos abedules, descendiendo por un césped bien cuidado hasta la costa, tachonada con los caídos bloques de piedra que esparcían blancas nubes de espuma cuando las olas rompían contra ellos. Ruidosas bandadas de pájaros volaban por encima de la ascendente espuma cual

blancos fantasmas y, más allá, la extensión gris azulada del océano llegaba hasta el lejano horizonte.

Este era el lugar, lo sabía, que había estado buscando... un lugar de libertad que liberaría su pincel de las convenciones que cualquier pintor sentía a menudo pesar sobre él. Aquí yacía la lejanía que lo apartaba de todas las cosas, una barrera que se erigía contra el atestado mundo. No eran objetos para pintar, sino un lugar en el cual poner sobre sus lienzos aquel desesperado grito de expresión que sentía dentro suyo.

Descendió por la larga extensión de césped, entre los abedules estriados por el tiempo, y llegó hasta la playa. Encontró un bloque de piedra y se sentó, sintiendo el exultante tónico del viento y el agua, del cielo y la soledad.

El sol se había puesto, y apacibles sombras reptaban sobre la tierra. Era tiempo de que se marchara, se dijo a sí mismo, pero continuó sentado, fascinado por el delicado oscurecimiento de la penumbra, los sutiles cambios de color que aparecían sobre el agua.

Cuando finalmente se incorporó y comenzó a ascender por la hierba, los grandes abedules habían asumido una fantasmagoría que brillaba en el crepúsculo. No retornó a la casa, sino que la rodeó y llegó hasta la entrada. Alcanzó el sendero de ladrillos y comenzó a caminar, recordando que tendría que volver a la casa para cerrar la puerta trasera del vestíbulo.

Fue cuando llegó a la entrada delantera que se dio cuenta de que su coche había desaparecido. Confundido, se detuvo en seco. Lo había estacionado allí; estaba seguro de que lo había hecho. ¿Era posible que lo hubiera estacionado en la carretera y que hubiera llegado caminando, olvidando que lo había hecho?

Dio la vuelta y se dirigió al camino, sus zapatos repiqueteando sobre los ladrillos. No, maldición, se dijo, subí por el camino de la casa... recuerdo haberlo hecho. Miró hacia atrás y no había ningún coche, tanto en la entrada como en la curva del sendero. Comenzó a correr, descendiendo por el sendero hasta la carretera. Algunos niños habrán venido y lo habrán empujado hacia la carretera... esa debía ser la respuesta. Una travesura juvenil, con los bromistas escondidos en algún lugar, riéndose entre dientes mientras lo observaban correr en su búsqueda. Aunque aquello no era cierto, pensó que él lo había dejado con una marcha puesta y cerrado. A menos que rompieran una ventanilla, no había ningún modo de poder empujarlo.

Llegó al final del camino de ladrillos, y allí no había ninguna carretera. El jardín y el sendero llegaban justo hasta donde finalizaban, y en aquel punto se alzaba un bosque que bloqueaba su camino. Un exuberante y tupido bosque muy denso y oscuro, con grandes árboles elevándose en el lugar en que había estado la carretera. A su nariz llegaba el olor húmedo del moho del bosque, y en algún lugar en la oscuridad de los árboles ululaba un búho.

Se volvió para contemplar nuevamente la casa, y vio que las ventanas estaban iluminadas. No puede ser, se dijo razonablemente. No había nadie en la casa, nadie que pudiera encender la luces. Según todas las probabilidades, la electricidad estaba cortada.

Pero las ventanas iluminadas continuaban. No se podía cuestionar la existencia de luces. Detrás suyo podía oír el susurrar de los árboles, y ahora dos búhos, contestándose el uno al otro.

A regañadientes, incrédulamente, comenzó a subir por el sendero. Debía existir alguna clase de explicación. Quizá, una vez que la tuviera, todo parecería simple. Tal vez, de algún modo, se había perdido, del mismo modo que lo había hecho antes tomando el camino equivocado. Quizá había sufrido una breve pérdida de memoria, tal vez por una desconocida y aterradora razón había experimentado una amnesia. Esta bien podría no ser la casa que había ido a ver, aunque, se repetía a si mismo, ciertamente parecía la misma.

Llegó hasta el camino de ladrillos y subió los peldaños que lo conducían hasta la puerta, y mientras todavía estaba en los escalones la puerta se abrió y un hombre con librea se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Llega un poco tarde, señor —dijo el hombre—. Lo esperábamos un poco antes. Los otros le han estado aguardando pero decidieron ir a cenar pensando que usted no había podido evitar el llegar tarde. Su lugar está listo.

Latimer dudó.

—Así está muy bien, señor —dijo el hombre—. Exceptuando ocasiones especiales, no nos vestimos para cenar. Se encuentra usted correctamente tal como está.

El vestíbulo estaba iluminado con pequeñas velas situadas en candelabros de pared. También había cuadros colgados, y pequeños sofás, y unas pocas sillas alineadas a lo largo de la pared. Desde el salón comedor llegaba el sonido de conversaciones.

El mayordomo cerró la puerta y avanzó por el vestíbulo.

—Si tiene la amabilidad de seguirme, señor.

Todo era una locura, por supuesto. Esto no podía estar sucediendo. Era algo que él imaginaba. Él estaba de pie, allí fuera, en los ladrillos del sendero, con el bosque y los ululantes búhos detrás suyo, imaginando que se hallaba aquí, en este vestíbulo casi en sombras, con la conversación y las risas proviniendo del salón comedor.

—Señor —dijo el mayordomo—: si tiene la amabilidad.

—Pero no lo entiendo. Este lugar, hace una hora...

—Los otros están aguardándole. No debe hacerles esperar.

—De acuerdo, entonces —dijo Latimer—. No lo haré.

Ante la puerta del salón, el mayordomo permaneció a un lado para que él pudiera entrar.

Los otros estaban sentados a una mesa larga y elegantemente preparada. El candelabro colgado del techo brillaba con resplandecientes velas. Doncellas uniformadas permanecían contra una pared. Un aparador relucía con porcelanas y copas de cristal. Sobre la mesa había ramos de flores.

Un hombre vestido con una camisa verde de sport, y una chaqueta de pana se puso en pie y le indicó que se acercara.

Latimer, por aquí —dijo—. Usted es Latimer, ¿no es cierto?

—Sí, soy Latimer.

—Su sitio está aquí, entre Enid y Yo. No le molestaremos con presentaciones ahora. Eso lo podremos hacer más tarde.

Apenas sintiendo el contacto de sus pies sobre el suelo, moviéndose en una neblina mental, Latimer se acercó a la mesa. El hombre que se había incorporado permanecía de pie, con una carnosa mano extendida. Latimer la estrechó, y el apretón del otro fue sólido y cálido.

—Yo soy Underwood —dijo—. Siéntese aquí. No se preocupe por las formalidades. Acabamos de comenzar con la sopa. Si la suya está fría podemos hacer que le traigan otro plato.

—Gracias —dijo Latimer—. Estoy seguro de que estará bien.

A su lado, Enid dijo:

—Le esperábamos. Sabíamos que vendría, pero demoró mucho.

—Algunos —dijo Underwood—, tardan más que otros. Así es como sucede.

—Pero no lo entiendo —dijo Latimer—. No sé qué es lo que está ocurriendo.

—Ya lo sabrá —dijo Underwood—. No hay ningún secreto en ello.

—Coma su sopa —le sugirió Enid—. Realmente está buena. Aquí recibimos una sopa de pescado espléndida.

La mujer era pequeña y de cabellos y ojos oscuros, con una extraña intensidad.

Latimer tomó la cuchara y la hundió en la sopa. Enid tenía razón; era una espléndida sopa de pescado.

El hombre que estaba frente a él dijo:

—Yo soy Charlie. Más tarde hablaremos. Le contestaremos cualquier pregunta.

La mujer que había al lado de Charlie dijo:

—Ya ve, nosotros tampoco lo entendemos. Pero igualmente está bien. Yo soy Alice.

Las doncellas estaban recogiendo las soperas y trayendo las ensaladas. En el aparador, las porcelanas y las copas de cristal refulgían ante la luz de las velas. Las flores de la mesa eran peonías. En la mesa, incluido él, había ocho personas.

—¿Sabe? —dijo Latimer—. Yo sólo vine a echarle un vistazo a la casa.

—Así es como ocurrió —dijo Underwood— con el resto de nosotros. No recientemente, sino hace años. Aunque ya no sé cuántos años. Jonathon, allí al final de la mesa, aquel viejo compañero de la barba, fue el primero de nosotros. Los otros fueron apareciendo poco a poco.

—La casa —dijo Enid—, es una trampa muy bien preparada. Somos ratones atrapados en una ratonera.

Desde el otro lado de la mesa, Alice dijo:

—Ella lo hace sonar de una forma muy terrible. De ninguna manera es así. Somos cuidados muy meticulosamente. Hay un personal que cocina nuestra comida y nos la sirve, que hace nuestras camas, que mantiene todo limpio y pulcro...

—¿Pero quién desearía tendernos una trampa?

—Esa —dijo Underwood— es la pregunta que todos tratamos de contestarnos, excepto uno o dos de nosotros que ya se han resignado. Pero aunque hay varias teorías, no hay ninguna solución. A veces me pregunto que diferencia habría si la halláramos. ¿Acaso nos sentiríamos mejor si conociéramos a nuestros cazadores?

Una trampa cuidadosamente preparada, pensó Latimer, y realmente lo había sido. Estaba aquella instantánea e instintiva atracción que la casa había despertado en él aún cuando sólo había pasado frente a ella, esa atracción que lo había alcanzado.

La ensalada era excelente, al igual que el entrecot y las patatas asadas. El pastel de arroz era el mejor que Latimer había comido en su vida. A pesar suyo, se daba cuenta de que estaba gozando con la cena y con la brillante e ingeniosa conversación que fluía en torno a la mesa.

En la sala de dibujo, una vez finalizada la cena, se sentaron ante un fuego en la gran chimenea de mármol.

—Incluso en verano —dijo Enid—, cuando cae la noche, hace frío aquí. Esto me agrada, ya que me gusta el fuego. Casi cada noche encendemos la chimenea.

—¿Ustedes? —preguntó Latimer—. Habla como si fueran una tribu.

—Un grupo —dijo ella—. Una banda, quizá. Camaradas conspiradores, aunque no existe ninguna conspiración. Lo sobrellevamos juntos. Eso es lo agradable del asunto: nos llevamos muy bien.

El hombre de la barba se aproximó a Latimer.

—Mi nombre es Jonathon —dijo—. Estábamos demasiado apartados en la cena como para poder conversar.

—Me han dicho —dijo Latimer—, que usted es el que ha estado aquí más tiempo.

—Ahora soy yo —dijo Jonathon—. Hasta hace un par de años lo fue Peter. El viejo Pete, solíamos llamarlo.

—¿Solían?

—Murió —dijo Enid—. Esa es la razón por la que hubiera sitio para usted. En esta casa los lugares están contados.

—¿Quiere decir que fueron necesarios dos años para encontrar a alguien que lo reemplazara?

—Tengo el presentimiento —dijo Jonathon— de que pertenecemos a un grupo selecto. Creo que uno debe poseer calificaciones más bien rígidas antes de ser considerado.

—Eso es lo que me intriga —dijo Latimer—. Debe haber algún factor común en el grupo. Quizá la clase de trabajo que realizamos.

—No estoy seguro de ello —dijo Jonathon—. Usted es pintor, ¿no es cierto?

—Latimer asintió.

—Enid es poetisa —dijo Jonathon—, y muy buena. Yo tengo aspiraciones a la filosofía, aunque no soy muy bueno en esa materia. Dorothy es novelista y Alice músico... una pianista. No sólo interpreta, sino que también puede componer. Usted todavía no ha conocido a Dorothy y a Jane.

—No. Creo que sé quienes son, pero no he hablado con ellas.

—Lo hará —dijo Enid— antes de que termine la velada. Nuestro grupo es tan pequeño que llegamos a conocernos muy bien.

—¿Puedo servirle una bebida? —preguntó Jonathon.

—Se lo agradecería. ¿Podría ser un whisky?

—Puede ser lo que usted desee —dijo Jonathon—. ¿Hielo o agua?

—Hielo, por favor. Creo que estoy abusando de su amabilidad.

—Aquí nadie abusa —dijo Jonathon—. Todos nos ocupamos de todos.

—Y, si no te molesta —dijo Enid—, también uno para mí. Ya sabes lo que bebo.

Mientras Jonathon se marchaba para preparar las bebidas, Latimer le dijo a Enid:

—Debo decirle que todos han sido muy amables conmigo. Me han aceptado, un extraño...

—Oh, no es un extraño, realmente. Usted nunca será un extraño. ¿No lo entiende? Usted es uno de nosotros. Había un lugar vacío y usted lo ha llenado. Y siempre estará aquí. Nunca se marchará.

—¿Quiere decir que nadie se marcha jamás?

—Lo intentamos. Todos lo hemos hecho. Algunos más de una vez. Pero nunca lo hemos logrado. ¿A qué lugar podríamos ir?

—Seguramente debe haber algún otro sitio. Algún modo de retornar.

—No entiende —dijo ella—. No hay ningún lugar salvo este. Todo el resto es un sitio yermo. Si no se es cuidadoso uno puede perderse. Ha habido veces en que hemos tenido que salir en busca de los que se han perdido.

Underwood atravesó la habitación y se sentó en el sofá al lado de Enid.

—¿Cómo os estáis llevando? —preguntó.

—Muy bien —dijo Enid—. Estaba diciéndole a David que no había ningún medio de salir de aquí.

—Eso está bien —dijo Underwood—, pero no cambiaré nada. Llegaré el día en que lo intente.

—Supongo que lo hará —dijo Enid—, pero si lo entiende de antemano, será más fácil.

—Lo que me inquieta —dijo Latimer— es el porqué. Han comentado que todos buscan una solución, pero que nadie la encuentra.

—No exactamente eso —dijo Underwood—. Dije que hay algunas teorías. Pero la cuestión es que para nosotros no hay ningún modo de saber cuál es la correcta. Quizá ya hayamos adivinado la razón para todo esto, pero lo más probable es que nunca lo sepamos. Enid tiene la noción más romántica. Piensa que estamos siendo mantenidos aquí por una súper raza de algún lejano punto de la galaxia que desea estudiarnos. Es decir, que somos especímenes. Nos encierran en lo que equivaldría a un laboratorio, pero no se entrometen con nosotros. Desean estudiarnos bajo condiciones naturales y ver qué es lo que nos molesta. Y bajo estas condiciones, ella piensa que deberíamos comportarnos tan civilizadamente como podamos.

—No estoy segura de si realmente pienso eso —dijo Enid—, pero es una idea agradable. No es más descabellada que algunas de las explicaciones de los otros. Algunos de nosotros hemos teorizado que estamos recibiendo una oportunidad para realizar el mejor trabajo que podamos. Alguien nos está quitando toda presión económica, situándonos en un medio ambiente agradable, y brindándonos todo el tiempo que necesitamos para desarrollar cualquier talento que podamos poseer. Estamos siendo subvencionados.

—¿Pero qué bien podría producir esto? —preguntó Latimer—. Por lo que he podido reunir, estamos sin ningún tipo de contacto con el mundo que conocimos. No importa lo que hagamos, ¿quién se enterará?

—No necesariamente —dijo Underwood—. Algunas cosas desaparecen. Una de las composiciones de Alice, y una novela de Dorothy, y unos pocos poemas de Enid.

—¿Cree que alguien entra aquí y se las lleva, siendo muy selectivo?

—Es simplemente un pensamiento —comentó Underwood—. Algunas de las cosas que creamos desaparecen. Las buscamos y nunca las encontramos.

Jonathon retornó con las bebidas.

—Tenemos que acabar con la conversación —dijo—, Alice va a interpretar algo. Chopin, creo que dijo.

Era tarde cuando Latimer fue conducido a su habitación situada en el tercer piso por Underwood.

—Nos hemos cambiado un poco de lugar para darle esta habitación a usted —dijo Underwood—. Es la única que posee un tragaluz. No tiene un techo recto, está cortado por la línea del tejado, pero creo que la encontrará confortable.

—Por lo visto, aparentemente sabían que vendría algún tiempo antes de que llegara.

—Oh, sí, varios días antes. Rumores del personal; ellos parecen conocerlo todo. Pero no supimos cuando llegaría definitivamente hasta ayer bien tarde.

Después de que Underwood se despidiera, Latimer permaneció por un tiempo en el centro de la habitación. Había un tragaluz, tal como dijera Underwood, situado de tal forma que suministrara luz del norte. Justo debajo había un caballete, y apilados contra la pared había lienzos en blanco. Sabía que encontraría pinceles y pintura y cualquier otra cosa que pudiera necesitar. Quienquiera que lo hubiera traído a este lugar, cuidaría de todo; nada sería pasado por alto.

Era impensable, se dijo, que esto hubiera ocurrido. Estando ahora de pie en el centro de la habitación, aún no podía creerlo. Trató de recrear toda la secuencia de sucesos que lo había conducido a esta casa, los pasos por los que había sido tentado dentro de la trampa, si es que era una trampa... y ante la evidencia debía serlo. Estaba aquel corredor de bienes raíces de Boston, aquel que le había hablado de la casa en Wyalusing.

—Es la clase de lugar que usted está buscando —había dicho—. Sin vecinos cerca, aislada. El pequeño pueblo a un par de kilómetros de distancia. Si necesita que vaya una mujer un par de veces por semana para que mantenga limpio el lugar, simplemente pregunte en el pueblo. Seguro que habrá a alguien a quien contratar. El sitio está rodeado por viejos campos que no han sido cultivados en años y que están retornando a su anterior estado de hierbas y matorrales. La costa se halla a sólo medio kilómetro de distancia. Si desea cazar algo, encontrará perdices y codornices. Si le apetece también podrá pescar.

—Bien puedo ir hasta allí y darle un vistazo —le había dicho al agente, el cual había procedido entonces a darle las señas equivocadas, enviándolo por el camino que lo llevaría más allá del lugar. ¿O no había sido así? ¿Podría quizá haber sido que su propia confusión lo hubiera conducido hasta el camino equivocado? Pensando en ello, Latimer no podía estar completamente seguro. El agente le había dado direcciones, ¿pero habían sido erróneas? En la presente situación, sabía que tenía la tendencia a ver todas las circunstancias anteriores con suspicacia. Y sin embargo, con seguridad, había habido alguna presión psicológica sobre él, alguna información equivocada para traerlo a esta casa. No podía ser el azar lo que le había traído hasta aquí, a una casa que atrapaba a todos los que

practicaban el arte. Una poetisa, un músico, una novelista y un filósofo... aunque, pensando en ello, un filósofo no parecía encajar completamente dentro del esquema. Quizá el esquema fuera más aparente, se dijo, de lo que actualmente era. Él aún desconocía las profesiones de Underwood, Charlie y Jane. Quizá, una vez que las conociera, el esquema se rompería.

En una esquina de la habitación había una cama, una mesita de noche y a su lado una lámpara. En otra esquina había agrupadas tres cómodas sillas, y a lo largo de una pequeña sección de la pared había estantes llenos de libros. Sobre la pared al lado de los estantes colgaba un cuadro. Solo después de contemplarlo por varios minutos lo reconoció. Era uno de los suyos, realizado años atrás.

Avanzó a través del enmoquetado suelo hasta quedar frente al cuadro. Era una de aquellas pinturas que él había llegado a apreciar de forma especial, de hecho era una que había vendido a regañadientes, y no lo hubiera hecho de no haber estado muy necesitado de dinero.

El hombre estaba sentado en la escalinata trasera de una ruinoso casa. A su lado, donde lo había dejado caer, yacía un periódico doblado en la sección de avisos que solicitaban ayuda. Del bolsillo de su dolorosamente limpia pero desgastada camisa de trabajo sobresalía un sobre, el sobre gris que enviaba la seguridad social con sus cheques. Las manos llenas de cicatrices colgaban apáticamente sobre su regazo, los antebrazos descansaban sobre sus muslos cubiertos por unos andrajosos jeans. No se había afeitado en varios días, y las encanecidas patillas proyectaban en su rostro un gris de muerte. Su cabello, que necesitaba un corte, parecía un enredado nido de ratas, y sus ojos, profundamente hundidos bajo unas cejas pesadas y escuálidas, mantenían un aire de impotencia. En una esquina de la casa reposaba un descarnado gato, y había una bicicleta rota apoyada contra la pared del sótano. El hombre estaba mirando hacia un patio trasero lleno con diversas clases de desperdicios; y más allá, el campo abierto, de un deslucido color gris y marrón, marchito por la sequía y la falta de cuidado, mientras en el horizonte se vislumbraban las chimeneas industriales, rígidas y severas, con ligeras nubes de humo ascendiendo de ellas.

El cuadro estaba enmarcado con un pesado marco dorado; no era la mejor elección, pensó, para tal pieza. La etiqueta de bronce con el título estaba allí, pero él no se inclinó para leerla. Sabía lo que diría:

DESEMPLEADO
David Lloyd Latimer

¿Cuánto tiempo había transcurrido?, se preguntó. ¿Cinco años, o eran seis? Recordaba que un hombre con el nombre de Johnny Brown había sido el modelo. Johnny era un buen hombre, y él lo había empleado varias veces para sus cuadros. Más tarde, cuando trató de hallarlo, había sido incapaz de

dar con él. Durante meses nadie lo había visto en sus guaridas a lo largo de las dársenas del puerto, y nadie parecía saber adónde se había marchado.

Cinco años atrás, seis años atrás, vendido para alimentar su estómago, aunque aquello era tonto, ya que ¿cuándo había pintado por otra cosa que por conseguir pan? Y aquí estaba. Trató de recordar al comprador, pero no pudo.

Había un armario, y cuando lo abrió encontró una hilera de ropa nueva: las botas y los zapatos alineados en el suelo, los sombreros, cuidadosamente colocados en un estante. Y todas las cosas le quedarían bien, estaba seguro de ello. Los que habían instalado esta trampa se encargarían de que así fuera. En la cómoda próxima a la cama hallaría ropa interior, camisas, calcetines, jerseys, todo de la misma clase que él compraría.

—Somos cuidadosos —le había dicho Enid, sentada en el sofá a su lado, ante el llameante fuego. Se dijo que no existía ninguna duda con respecto a aquello. No tenían intención de dañarlos. De hecho, eran mimados.

Y la pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué unas pocas personas elegidas entre tantos millones?

Se acercó a una ventana y permaneció contemplando el lugar. La habitación se hallaba en la parte trasera de la casa, y él miraba a través de la arboleda de fantasmagóricos abedules. La luna se había alzado y colgaba como un lechoso globo de cristal por encima del oscuro contorno borroso del océano. A la altura en que se encontraba, podía ver la blancura de la espuma rompiendo contra los bloques de piedra.

Debería tener tiempo para pensar, se dijo, tiempo para clasificar y ordenar todas las cosas que habían ocurrido en las últimas horas en su mente. No tenía ningún sentido meterse en la cama; tenso como estaba, nunca lograría dormir. En esta habitación no podía pensar, y quizá tampoco en la propia casa. Tenía que dirigirse a un lugar que no estuviera en confusión. Tal vez si saliera y caminara una hora, aunque no fuera más que subiendo y bajando por el sendero, pudiera aclararse.

Cuando atravesó la puerta, el resplandor de la chimenea de la sala de dibujo no era más que un pequeño brillo en los tizones.

Una voz le llamó:

—David, ¿Es usted?

Dio la vuelta y retornó a la puerta. Una figura oscura estaba acurrucada en el sofá frente a la chimenea.

—¿Jonathon? —preguntó Latimer.

—Sí. ¿Por qué no me hace compañía? Soy un viejo búho nocturno y, en consecuencia, paso muchas horas solitarias. Si desea tomar café, hay en la mesa.

Latimer se aproximó al sofá y se sentó. Sobre la mesa había una cafetera y varias tazas. Se sirvió una.

—¿Desea beber otra? —le preguntó a Jonathon.

—Sí, por favor —el otro extendió su taza y Latimer la llenó—. Bebo demasiado café —dijo Jonathon—. En el gabinete hay licor, por si desea un poco de coñac en el café.

—Excelente —dijo Latimer. Cruzó el cuarto y halló el coñac, trayéndolo consigo y sirviendo un trago en ambas tazas.

Se instalaron, observándose mutuamente. En la chimenea un leño quemado se deshizo, convirtiéndose en un montón de tizones. En el resplandor que produjo, Latimer vio el rostro del otro hombre: la barba comenzando a volverse gris, una cara angular pero refinada, y las cejas que eran agudos puntos de exclamación.

—Está confundido —dijo Jonathon.

—Mucho —confesó Latimer—. Todo el tiempo me pregunto por qué y quién.

Jonathon asintió.

—La mayoría de nosotros aún lo hacemos, supongo. Es peor cuando uno recién llega aquí, pero igualmente nunca deja de hacerlo. Siempre continúa formulándose preguntas. Y cuando no hay respuestas, uno se frustra y deprime. Pero con el paso del tiempo, cada vez acepta más la situación y deja de impacientarse al respecto. Después de todo, aquí la vida es agradable. Se nos brinda todo lo que necesitamos, y no se espera nada de nosotros. Hacemos lo que nos place. Sin duda usted ha oído la teoría de Enid de que estamos bajo observación por una raza alienígena que nos ha enclaustrado aquí con el propósito de estudiarnos.

—Enid me dijo —comentó Latimer— que ella no cree necesariamente en la teoría, pero que la mira como una idea agradable, una prolija y dramática explicación de lo que está sucediendo.

—Eso es, por supuesto —dijo Jonathon—. Pero no logra mantenerse. ¿De qué manera los alienígenas serían capaces de emplear al personal que tan bien cuida de nosotros?

—El personal me preocupa —dijo Latimer—. ¿Están ellos también atrapados aquí con nosotros?

—No, no lo están —respondió Jonathon—. Estoy seguro de que están empleados, quizá con un salario muy atractivo. De tiempo en tiempo el personal cambia, un miembro se marcha para ser reemplazado por otro. Cómo se realiza esto no lo sabemos. Hemos mantenido una vigilancia constante con la esperanza de que podríamos averiguarlo y de ese modo obtener una pista que nos permitiera salir de aquí, pero no hemos llegado a nada. En ocasiones, no de forma muy obvia, tratamos de conversar con ellos, pero, más allá de la corrección normal, ninguno habla con nosotros. También tengo la sospecha de que hay algunos de nosotros, quizá incluyéndome a mí mismo, que ya no lo intentan muy a menudo. Una vez

que uno ha estado aquí el suficiente tiempo como para lograr una paz interior, la comodidad de nuestras vidas nos pesa. Sería algo que abandonaríamos a regañadientes. Personalmente, no puedo imaginar lo que haría si me quitaran de aquí, llevándome de regreso al mundo que virtualmente he olvidado. Esa es la parte más compleja de este asunto: que nuestra cautividad es tan atractiva que tendemos a enamorarnos de ella.

—Pero seguramente, en algunos casos, hubo gente que quedó atrás. Esposas, maridos, niños, amigos. En mi caso no tenía esposa y solo muy pocos amigos.

—Suficientemente extraño —dijo Jonathon— el que donde esos lazos existían, no eran demasiado fuertes.

—¿Quiere decir que solamente fueron elegidas personas sin lazos fuertes?

—No, dudo que ese haya sido el caso. Quizá entre la gente que hay aquí no existe la tendencia de crear tales lazos.

—Cuénteme qué clase de gente es. Me dijo que usted es un filósofo, y ya conozco a algunos de los otros. ¿Y con respecto a Underwood?

—Era dramaturgo. Y uno con bastante éxito antes de venir aquí.

—¿Charlie? ¿Jane?

—Charlie es dibujante de historietas, Jane ensayista.

—¿Ensayista?

—Sí, una conciencia social alta. Escribía artículos más bien enérgicos para las llamadas revistas pequeñas, incluso algunos para publicaciones más prestigiosas. Charlie era uno de los grandes en el Medio Oeste. Trabajaba para un periódico pequeño, pero sus historietas eran ampliamente reimpresas y probablemente habría llegado a introducirse en campos más importantes.

—Entonces no todos somos de los alrededores, de Nueva Inglaterra.

—No. Sí algunos de nosotros, por supuesto. Yo mismo y usted. Los otros son de diferentes lugares del país.

—Todos del campo de lo que más o menos podemos llamar las artes. Y de un área amplia. ¿Cómo demonios pudieron ellos, quienesquiera que sean, haber atraído a toda esa gente a esta casa? Porque supongo que debimos haber venido por nuestra propia cuenta, que nadie fue secuestrado y traído hasta aquí.

—Creo que tiene razón. No puedo imaginar cómo se realizó. Inducción psicológica de alguna clase, pero no tengo la más mínima idea de cómo puede ser logrado.

—Usted dice ser filósofo. ¿Quiere decir que enseñaba filosofía?

—Lo hice en un tiempo. Pero no era un trabajo satisfactorio. Enseñar esas viejas filosofías muertas a un grupo de jóvenes que apenas prestaban atención no era nada agradable, se lo puedo asegurar. Aunque supongo que no los culpo. Mayormente, la filosofía hoy está muerta. La mayor parte

de ella es primitiva y obsoleta. Lo que necesitamos es una nueva filosofía que nos capacite para tratar con la presente sociedad.

—¿Y usted la está escribiendo?

—Sí. Me doy cuenta de que a medida que pasa el tiempo cada vez trabajo menos. Ya no poseo la compulsión para hacerlo. Supongo que se debe a esta vida apacible. He perdido algo dentro de mí. Quizá la ira. Al dejar de estar expuesto a las condiciones de aquel mundo, he perdido el sentimiento. No siento la necesidad de protesta, perdí mi sentido de indignación, y la necesidad de una nueva filosofía se ha convertido en algo remoto.

—Con respecto al personal, ¿dice que de tiempo en tiempo cambia?

—Puede ser algo simple de explicar. Le dije que los vigilábamos, pero no podemos mantener a alguien que lo haga constantemente. Pero por otro lado, el personal puede mantener un ojo sobre nosotros. Miembros viejos del personal se marchan, y cuando nosotros estamos en alguna otra parte, vienen nuevos.

—¿Y los suministros? Tienen que traerlos. Eso no será tan simple.

Jonathon rió.

—Se ha obsesionado con este asunto.

—Estoy interesado, maldición. Hay preguntas acerca del funcionamiento de todo esto y lo quiero saber. ¿Podría ser el sótano? Túneles, quizá. ¿Podrían traer al personal y los suministros a través de túneles en el sótano? Sé que suena a algo de capa y espada, pero...

—Supongo que podrían hacerlo. Si lo hacen, nunca lo sabremos. El sótano es utilizado como un almacén de suministros y no se nos permite la entrada. Uno de los miembros del personal, un corpulento gigante que es sordomudo, o pretende serlo, está a cargo del sótano. Vive allí abajo, duerme y come allí, y se ocupa de las provisiones.

—Entonces sería posible.

—Sí —dijo Jonathon—, sería posible.

El fuego había muerto; sólo unos pocos tizones titilaban todavía en las cenizas. En el silencio que les rodeó, Latimer oyó allí afuera al viento entre los árboles.

—Hay algo que desconoce —dijo Jonathon—. Encontrará grandes alcas allí en la playa.

—¿Grandes alcas? Eso es imposible. Han estado...

—Sí, lo sé. Extintas por más de cien años. También verá ballenas. A veces podrá observar una docena en un día. Ocasionalmente un oso polar.

—Entonces, eso quiere decir...

Jonathon asintió.

—Nos hallamos en algún lugar de la Norteamérica prehistórica. Deduciría que a varios miles de años en el pasado. Oímos y, ocasionalmente, vemos alces. Hay gran número de ciervos, y esporádicamente se ven caribús del bosque. Los pájaros, especialmente las

aves silvestres, abundan en números increíbles. Si algún día desea cazar, podrá hacerlo con facilidad. Tenemos armas y municiones.

El amanecer estaba despuntando cuando Latimer regresó a su habitación. Estaba cansado hasta la médula y sabía que ahora podría dormir. Pero antes de meterse en la cama permaneció por un tiempo ante la ventana que daba a la arboleda de abedules y a la playa. Una neblina poco densa había ascendido del agua, y todo poseía un aspecto fantástico e irreal.

La Norteamérica prehistórica, había dicho el filósofo, y si ese era el caso, existían muy pocas posibilidades de escapar y regresar al mundo que conocía. A menos que uno tuviera el secreto o la tecnología, uno no podía viajar en el tiempo. ¿Quién, se preguntó, pudo haber resuelto la técnica de la transferencia en el tiempo? ¿Y quién, habiéndolo hecho, la utilizaría para el ridículo propósito de encerrar gente en él?

Recordó a un hombre del M.I.T. que había pasado veinte años o más en el intento de definir el tiempo y obtener más conocimiento sobre él. Pero aquello había ocurrido unos años atrás y el hombre había desaparecido de circulación, o por lo menos de las noticias. De tiempo en tiempo habían surgido nuevos artículos acerca del estudio. Aunque, pensó Latimer, no tenía por qué necesariamente haber sido el hombre del M.I.T.; bien podría haber más gente ocupada en estudios similares que hubieran escapado, bastante felizmente, a la atención de la prensa.

Pensando en ello, sintió que la excitación crecía en él ante la perspectiva de hallarse en la primitiva Norteamérica, de ser capaz de ver la tierra tal como había existido antes de que hubieran llegado los exploradores blancos, antes de los noruegos o de Caboto o Cartier o cualquiera de los otros. Aunque debía haber indios en los alrededores; era gracioso que Jonathon no los hubiera mencionado.

Sin percatarse de lo que hacía, se dio cuenta de que había estado mirando a un grupo de abedules en especial. Dos de los abedules crecían uno frente al otro, ligeramente detrás pero a lados opuestos de un gran bloque de piedra que estimaba mediría un metro y medio. Y más allá del bloque, situado levemente más abajo en la pendiente, pero entre los otros dos, había un tercer abedul. No era algo inusual, lo sabía; los abedules crecen a menudo en grupos de a tres. Debió haber alguna característica en el grupo que atrajera su atención, pero si aquel había sido el caso, ya no la distinguía más, y ahora tampoco era aparente. De todos modos, permaneció contemplándolo, intrigado con lo que había visto, si había visto algo.

Mientras observaba, un pájaro descendió desde alguna parte y se posó sobre el bloque. Era un pájaro cantor, pero se hallaba demasiado lejos para poder identificarlo. Estuvo contemplándolo ociosamente hasta que alzó vuelo y desapareció.

Sin molestarse en quitarse la ropa, simplemente sacándose los zapatos, atravesó la habitación hasta llegar a la cama y derrumbarse en ella, dormido casi antes de caer.

Era casi mediodía cuando despertó. Se lavó el rostro y se peinó, sin tomarse la molestia de afeitarse, y bajó las escaleras tambaleándose, todavía atontado por haber dormido tan profundamente. No había nadie en la casa, pero en el salón comedor la mesa estaba preparada y sobre el aparador había platos cubiertos. Eligió riñón y huevos revueltos y se sirvió una taza de café, volviendo a la mesa. El olor a comida despertó su apetito, y después de devorar su desayuno se sirvió una segunda ración y otra taza de café.

Cuando salió por la puerta trasera, no había nadie a la vista. La pendiente de abedules se extendía hasta la playa. Hacia su izquierda oyó dos detonaciones que sonaron como disparos. Quizá había alguien cazando patos o codornices. Jonathon había dicho que aquí había buena caza.

Tuvo que abrirse camino cuidadosamente a través de enredados bloques hasta llegar a la playa, con los guijarros produciendo sonidos ásperos bajo sus pies. A cien metros de distancia, el oleaje continuo se desparramaba al azar sobre las dispersas rocas, e incluso donde él se encontraba sentía la ligera espuma sobre su rostro.

Notó un leve brillo entre los guijarros y se inclinó para ver qué era. Estando más cerca vio que se trataba de una ágata, del tamaño de una pelota de tenis, con su borde roto y húmedo por la espuma, dándole un destello cerúleo y translúcido. La recogió y la lustró, quitándole los granos de arena que tenía adheridos, recordando como siendo un niño había buscado ágatas entre los guijarros. Un poco más allá del lugar donde había cogido ésta yacía otra, y a un lado de esa una tercera. En cuclillas, se inclinó hacia delante y tomó ambas. Una era más grande que la primera y la segunda un poco más pequeña. Aún en cuclillas, las contempló, admirando su textura, sintiendo una vez más, después de tantos años, la emoción que había sentido de niño cuando encontraba ágatas. Recordó que cuando dejó su casa para marcharse a la universidad todavía había una bolsa llena de ellas escondida en una esquina del garage. Se preguntó qué habría sido de ellas.

A unos pocos metros más abajo en la playa, algo salió anadeando de atrás de un grupo de bloques, encaminándose hacia el agua. Era un ave de unos setenta y cinco centímetros de altura y con un ligero parecido a un pingüino. El plumaje superior era negro, cambiando a blanco por debajo, con un largo punto blanco que rodeaba sus ojos. Sus pequeñas alas oscilaban mientras anadeaba. El pico era agudo y pesado, una peligrosa arma ofensiva.

Sabía que estaba contemplando un alca grande, un pájaro que en su mundo había estado extinto pero que, unos pocos siglos antes, había sido común desde Cape Cod hasta la parte más norte de Canadá. Los marineros de Cartier, ansiosos por carne fresca que los sacara de la monotonía de las raciones marinas, las habían ensartado a cientos hasta matarlas, comiéndose algunas en el acto, y poniendo lo que quedaba en barriles con sal.

Detrás de la gran alca apareció otras, y luego dos más. Sin prestarle atención, anadearon descendiendo entre los guijarros hacia el agua, a la cual se arrojaron, alejándose nadando.

Latimer permaneció en cuclillas, contemplándolas fascinado. Jonathon le había dicho que las hallaría en la playa, pero el saber que las hallaría y el haberlas visto realmente eran dos cosas diferentes. Ahora estaba convencido, antes no lo estaba, del lugar en que se hallaba.

Hacia su izquierda, ocasionalmente, sonaban las armas, pero de otro modo no había ninguna señal de que los demás estuvieran en la casa. Lejos en el agua, una bandada de patos se deslizó en línea recta casi pegados a las olas. La playa llena de guijarros tenía una sensación de paz; la clase de paz, pensó, que los hombres podrían haber conocido años atrás, cuando la Tierra estaba en su mayoría vacía de seres humanos, cuando todavía había espacio para que tal paz pudiera aparecer y permanecer.

Acucillado sobre la playa, recordó el grupo de abedules y ahora, repentinamente y sin pensar en ello, supo qué fue lo que había atraído su atención hacia el grupo... una aberración de la perspectiva que su ojo de pintor había captado. Frotándose la ceja, trató de recordar qué era exactamente lo que había hecho que la perspectiva estuviera mal, pero fuera lo que fuere no lograba recordarlo.

Vislumbró otra ágata y fue a cogerla, y un poco más adelante todavía halló otra. Esto, se dijo a sí mismo, era un paraíso virgen para un coleccionista de rocas. Guardó las ágatas en su bolsillo y siguió descendiendo por la playa. Localizando otras ágatas, no las recogió. Más tarde, en otra oportunidad, podría hallar horas de diversión buscándolas.

Cuando salió de la playa y comenzó a ascender la pendiente vio que Jonathon estaba sentado en una silla en la terraza que rodeaba la parte trasera de la casa. Llegó hasta donde se encontraba y se sentó en otra silla.

—¿Vio algún alca? —preguntó Jonathon.

—Vi cuatro —dijo Latimer.

—Hay veces —comentó Jonathon— que la playa está atestada con ellas. Y otras no ve ninguna en varios días. Underwood y Charlie se fueron a cazar gallinetas. Supongo que los habrá oído disparando. Si regresan a tiempo, tendremos gallinetas para la cena. ¿Las ha comido alguna vez?

—Solo una. Hace unos años. Un amigo y yo fuimos a Nueva Escocia en los comienzos de la temporada de caza.

—Solo se las encontraba en Nueva Escocia y otros pocos lugares. Imagino que aquí puede cazarlas en cualquier sitio que encuentre ciénagas de alisos.

—¿Dónde están todos? —preguntó Latimer—. Cuando desperté y fui a desayunar no había nadie por los alrededores.

—Las mujeres salieron a buscar moras —dijo Jonathon—. Suelen hacerlo a menudo. Es algo que les permite estar ocupadas. Ya está acabando la estación de las moras, pero todavía quedan algunas. Han regresado a tiempo para que tengamos tarta de moras esta noche. —Se pasó la lengua por los labios—. Gallinetas y tarta de moras. Espero que esté hambriento.

—¿Nunca piensa en otra cosa que no sea en comer?

—En muchas otras cosas —dijo Jonathon—. Aquí uno se aferra a cualquier cosa en la que pueda pensar. Lo mantiene a uno ocupado. ¿Me permite preguntarle si se siente más cómodo que la última noche? ¿Ha obtenido respuestas a sus preguntas inmediatas?

—Hay una cosa que todavía me molesta —dijo Latimer—. Yo dejé mi coche aparcado fuera de la casa. Seguro que alguien lo encontrará allí y se preguntará qué ha sucedido.

—Creo que eso es algo de lo que no debe preocuparse —dijo Jonathon—. Quienquiera que esté realizando esto, se ocupará de ello. No lo sé, pero creo que antes de la mañana su coche ya no estará allí y será hallado, abandonado, en algún otro lugar, quizá a cientos de kilómetros de distancia. La gente con la que estamos tratando se encargará automáticamente de tales pequeños detalles. No sería conveniente tener demasiados incidentes alrededor de esta casa o en cualquier otro lugar. Su coche será hallado, y usted no estará, y comenzarán a buscarlo. Cuando no lo encuentren, se convertirá simplemente en otra de las docenas de personas que desaparecen cada año.

—Lo que hace que me pregunte —dijo Latimer—, cuántas de esas personas que desaparecen terminan en lugares como éste. Es posible que este no sea el único lugar donde son confinados.

—No hay ningún medio de saberlo —contestó Jonathon—. La gente desaparece por muchas razones.

Estuvieron sentados un rato en silencio, contemplando la extensión de césped. Una ardilla bajó a toda velocidad por la pendiente. En la distancia, los pájaros emitían sus llamadas. El lejano oleaje era un estruendo hueco.

Finalmente, Latimer habló:

—La noche anterior usted me dijo que necesitamos una filosofía nueva, que las viejas ya no eran válidas.

—Sí —respondió Jonathon—. Hoy en día nos enfrentamos con una sociedad administrativa. Vivimos bajo reglas restrictivas donde hemos sido reducidos a números: nuestros números de la Seguridad Social, del Servicio

Interno de Rentas, los números de nuestras tarjetas de crédito, de nuestras cuentas corrientes y de ahorro , de todas las otras cosas. Estamos siendo deshumanizados y, en la mayoría de los casos, con nuestro consentimiento, ya que este juego de los números parece hacer la vida más fácil, pero más a menudo porque nadie se molesta en protestar. Hemos llegado a creer que un hombre que protesta es antisocial. Somos un hatajo de pollos sin sentido común, revoloteando y escurriéndonos, cloqueando y cacareando, pero siendo conducidos por el camino que otros quieren. Las agencias de publicidad nos dicen lo que debemos comprar, la gente de relaciones públicas nos dicen lo que debemos pensar, e incluso sabiéndolo, no nos sentimos agraviados. A veces maldecimos al gobierno, cuando logramos reunir el coraje para maldecir algo. Pero estoy seguro que no es el gobierno a quien debiéramos maldecir, sino a los directivos del mundo de los negocios. Hemos contemplado el nacimiento de los complejos multinacionales que no le deben lealtad a ningún gobierno, que piensan y planifican en términos globales, que ven a las concentraciones humanas como cuerpos unificados de trabajo... el grupo consumidor, algunos de los cuales también pueden tener el potencial de inversión. Esto es una amenaza, tal como yo lo veo, contra el libre albedrío humano y contra su dignidad, y necesitamos una aproximación filosófica que nos permita tratar con ella.

—Si usted escribiera esta filosofía —dijo Latimer—, plantearía una amenaza en potencia contra esos directivos.

—Al comienzo no —contestó Jonathon—. Quizá nunca. Pero con el paso de los años podría tener cierta influencia. Podría comenzar una corriente de pensamiento. Para quebrar el control que los directivos poseen ahora haría falta algo parecido a una revolución social...

—Estos hombres, los directivos de los cuales usted habla, deben ser cautos par poder ver en la distancia de los hombres. No correrían ningún riesgo. Tendrían demasiadas cosas en juego para arriesgar.

—No querrá decir...

—Sí, creo que sí. Al menos es un pensamiento.

Jonathon dijo:

—Yo mismo lo he pensado, pero lo descarté porque no podía confiar en mí mismo, ya que sigue muy cerca mi línea de pensamiento. Además, no tiene ningún sentido. Si hubiera gente a la cual quisieran hacer desaparecer, habría otro modo de realizarlo.

—Pero no sería tan seguro —dijo Latimer—. Aquí no hay ningún modo de que podamos ser encontrados. Muertos, seríamos hallados...

—No estaba pensando en el asesinato.

—Oh, bien —dijo Latimer—, tan sólo era un pensamiento. Otra adivinanza.

—Hay una teoría de la que nadie le ha hablado aún, o no creo que lo hayan hecho. Un experimento en sociología. Colocando a varios grupos de

gente junta en situaciones inusuales y midiendo sus reacciones. Aislándolas para que no exista la influencia de un mundo presente que pueda modificar el impacto de la situación.

Latimer negó con la cabeza.

—Crearía muchos problemas y ocasionaría demasiados gastos. Más del valor que tendría el experimento.

—Así pienso yo también —dijo Jonathon.

Se levantó de la silla.

—Discúlpeme. Tengo la costumbre de tenderme por una hora aproximadamente antes de cenar. A veces dormito, otras duermo profundamente, y a menudo simplemente permanezco tendido. Pero es algo que relaja.

—No se preocupe —dijo Latimer—. Más adelante tendremos mucho tiempo para hablar.

Permaneció sentado casi por media hora más, contemplando el césped pero apenas viéndolo.

La idea de los grandes directivos como responsables de la situación, se dijo, poseía cierto sentido irregular. Los directivos, pensó con una sonrisa: qué fácil es echar las responsabilidades en el trabajo de otros.

Por un lado la idea, si daba resultado, tenía su lógica. Toma a la gente que deseas fuera del camino y lánzala en el tiempo, y una vez que lo hayas hecho continúa observándola para estar seguro de que no haya ningún descuido. Y al mismo tiempo no cometes una verdadera injusticia, dáñalos lo menos posible, mantén un peso ligero sobre tu conciencia, sé todavía civilizado.

Se dijo que había dos fisuras en la teoría. El personal cambiaba de vez en cuando, lo cual significaba que debían rotar desde aquí hasta el tiempo presente, pudiendo ser una amenaza. De alguna manera se debía hallar un modo para que no hablaran y, dado como es la naturaleza humana, aquello sería un problema. La segunda fisura estaba con la gente que había aquí. El filósofo, de haber permanecido en el presente, podría haberse convertido en una amenaza. ¿Pero y el resto de ellos? ¿Qué amenaza podría ofrecer una poetisa? Un dibujante de historietas quizá, tal vez un novelista, pero un músico... ¿Qué amenaza podía existir en la música?

Sin embargo, en una primera aproximación, no era tan descabellado si a ti no te tocaba estar en la parte receptora del asunto. Al mundo se le podría haber ahorrado muchos problemas si tal plan hubiera sido viable, localizando a perturbadores en potencia mucho antes del momento en que se convirtieran en una amenaza y aislándolos. La parte más difícil de un plan así —desde donde se encontraba él, una parte aparentemente imposible— sería localizar con toda precisión a los alborotadores antes de

que comenzaran a causar problemas. Pero supuso que aquello quizá fuera posible. Dado como existía el arte de la psicología, podría ser posible.

Con un sobresalto se dio cuenta de que durante todo este tiempo, inconscientemente, había estado contemplando el grupo de abedules. Y ahora recordaba otra cosa. Poco antes de que hubiera marchado a dormir, había visto cómo un pájaro se posaba sobre el bloque y desaparecía; no volaba, sino que desaparecía. Debió haberlo sabido cuando lo vio, pero estaba tan obnubilado por la necesidad de sueño que el significado de aquello no había dejado ninguna impresión. Pensando de nuevo en ello, estuvo seguro que no se equivocaba. El pájaro había desaparecido.

Se incorporó de la silla y bajó trotando la pendiente hasta que estuvo ante el bloque de piedra con los dos árboles flanqueándolo y el otro creciendo justo detrás. Extrajo una de las ágatas de su bolsillo y la arrojó cuidadosamente por encima del bloque, con la intención de que golpeará el árbol que estaba detrás de la roca. No lo alcanzó; tampoco pudo oír la caer sobre la tierra. Una por una, arrojó todas las ágatas del mismo modo que lo hiciera con la primera. Ninguna golpeó el árbol, ninguna cayó sobre la tierra. Para cerciorarse, rodeó el árbol hacia la derecha, agachándose y arrastrándose detrás del bloque. Cuidadosamente, observó la tierra. Allí no había ágatas.

Estremecido, con su mente en una confusión desbordante a medio camino entre la duda y la sorpresa, subió por la colina y se sentó nuevamente en la silla. Reconstruyendo otra vez la situación tan fríamente como podía, parecía no haber ninguna duda de que había encontrado una grieta de alguna clase en —¿cómo lo llamaría?— el continuum temporal, quizá. Y si uno pasaba por encima de la grieta o se arrojaba a través de ella, ya no estaba más aquí. El había arrojado las ágatas y éstas habían desaparecido; habían ido a alguna otra parte. ¿Pero dónde irían? Lo más probable era que a otro tiempo, y lo más posible parecía ser que regresarían al tiempo del que él había sido arrancado. El había venido desde su tiempo hasta aquí, y si existía una grieta en el continuum temporal, parecía razonable creer que la grieta conduciría de nuevo a su tiempo. Había una posibilidad de que no lo hiciera, pero parecía pequeña, ya que solo dos épocas habían participado en el intercambio.

Y si regresaba, ¿qué podía hacer? Quizá nada, pero por todos los demonios que podía intentarlo. Su primer movimiento sería desaparecer, alejarse del lugar y perderse. Quienquiera que estuviera envuelto en este esquema de las trampas, intentaría encontrarlo, pero él se encargaría de hacérselo extremadamente difícil. Luego, una vez que hubiera hecho esto, comenzaría a hurgar en el asunto para cazar a los directivos que había mencionado Jonathon, o si no eran ellos, a cualquiera que estuviera detrás de esto.

No podía comentarles a los otros lo que sospechaba. Sin proponérselo, uno de ellos podría alertar a alguien del personal, o peor,

quizá tratara de evitar que hiciera lo que planeaba con la intención de no alterar el ritmo de vida del que gozaban aquí.

Cuando Underwood y Charlie ascendieron la colina con sus armas, sus sacos de caza abultados por las gallinetas que habían cazado, entró en la casa con ellos, donde los otros ya se habían reunido en la sala de dibujo para una ronda de tragos antes de la cena.

Para cenar había, tal como dijera Jonathon, gallineta asada y tarta de moras, ambas excepcionalmente sabrosas, aunque la tarta estaba llena de semillas.

Una vez finalizada la cena, se reunieron una vez más ante el fuego y charlaron de cosas intrascendentes. Más tarde, Alice tocó el piano, y nuevamente fue Chopin.

En su habitación, acercó una silla a su ventana y se sentó allí, contemplando el grupo de abedules. Esperó hasta que no oyó a nadie y luego aguardó dos horas más, para asegurarse de que todos dormían plácidamente en sus camas. Entonces bajó silenciosamente por las escaleras y salió por la puerta trasera. La luna en cuarto creciente iluminaba el césped, por lo que no tuvo ningún problema para localizar el grupo de árboles. Ahora que se hallaba allí, lo asaltaron las dudas. Era ridículo pensar, se dijo a sí mismo, lo que había estado pensando. Subiría al bloque y se arrojaría hacia el tercer árbol que estaba detrás de la roca y caería al suelo entre el árbol y esta, y nada habría ocurrido. Entonces subiría pesadamente y con vergüenza la pendiente e iría de nuevo a la cama, y después de un tiempo conseguiría olvidar lo que había hecho y sería como si nunca lo hubiera hecho. Y sin embargo, recordaba que había arrojado las ágatas, y que al mirar dónde habían caído no había ninguna.

Gateó por la cara de la roca y se balanceó cuidadosamente sobre su superficie redondeada. Extendió sus manos para coger el tercer abedul y evitarse la caída. Entonces se arrojó hacia el árbol.

La caída fue corta, pero aterrizó duramente contra el suelo. No había ningún abedul al cual agarrarse.

Un sol ardiente brillaba sobre él. La tierra debajo suyo ya no era un tupido césped, sino una tierra negra y arenosa sin indicios de hierba. Había algunos árboles, pero ningún abedul.

Se incorporó, girándose para contemplar la casa. La cima estaba vacía; no había ninguna casa. Detrás suyo podía oír el retumbar de las olas rompiendo contra la rocosa costa.

A diez metros de distancia, hacia su izquierda, había un masivo álamo, sus hojas murmurando en el viento que provenía del mar. Más allá crecía un pino ralo, y debajo de la pendiente un grupo de árboles que creía que eran sauces. El suelo estaba cubierto —no muy espesamente, ya que se podían ver canales de suciedad producidos por la lluvia— por una

vegetación de pequeños helechos y otras plantas pequeñas que no pudo identificar.

Sintió la transpiración en su cuerpo cayendo desde sus axilas y por sus costillas, pero no sabía si era debido al temor o al sol, ya que estaba rígido y dolorido por el miedo.

Junto con el álamo y el pino, había pequeños arbustos enraizados en el suelo entre los helechos y otras plantas. Los pájaros volaban bajo, de una mata de arbustos a otra, gorjeando. Más abajo, con sus gritos enmudecidos por el oleaje, otros pájaros chillaban. Gaviotas, pensó, o pájaros como gaviotas.

El primer impacto del miedo lo abandonó lentamente y fue capaz de moverse. Dio un paso cauteloso, y luego otro, y entonces comenzó a correr hacia la cima de la colina donde debería hallarse la casa que no estaba.

Delante suyo captó algo y se detuvo, dispuesto a rodear lo que se hubiera movido entre los arbustos. Del matorral asomó una cabeza que lo contempló con inmóviles ojos. La nariz era contundente y escalonada, y más atrás del escalonado daba paso a placas de armadura. La cosa le masculló algo desaprobadoramente y avanzó un paso o dos, y luego se detuvo.

Permaneció allí, contemplándolo con sus inmóviles ojos. Su lomo estaba cubierto con placas superpuestas. Sus patas delanteras estaban arqueadas. Tenía una altura de algo más de un metro. No parecía ser amenazador, sino más bien curioso.

La respiración se le trabó en la garganta. Una vez, hacía bastante tiempo, había visto un dibujo, la concepción de un artista, de esta cosa. No era exactamente igual, pero sí muy parecida. Un anki, pensó... un anquilosaurio, eso era, dándose cuenta con asombro de que pudiera recordarlo, un anquilosaurio. Una criatura que debería haber estado muerta desde hacía millones de años. Pero al pie de la ilustración decía que medía un metro veinte de altura y cuatro metros y medio de largo, y este no se aproximaba en nada a ese tamaño. Era pequeño, pensó, quizá fuera una cría, quizá pertenecieran a especies diferentes, o tal vez fuera un cachorro de anki, sea lo que demonios fuere.

Cautelosamente, casi de puntillas, comenzó a rodearlo mientras el animal giraba la cabeza para observarlo. Continuó mirando por encima de su hombro para asegurarse de que el anki no se había movido. Pero no hizo ningún movimiento. Es un herbívoro, se aseguró a sí mismo, un comedor de plantas... sin llegar a ser una amenaza para nadie, y equipado con una armadura para desalentar a los devoradores de carne que pudieran desear atacarlo. Trató de esforzarse en recordar si el pie de la ilustración decía que era herbívoro, pero su mente, en ese punto en particular, estaba en blanco.

Aunque si se hallaba aquí también habría carnívoros... y, por el amor de Dios, ¿en qué se había metido? ¿Por qué no se había detenido a pensar en la posibilidad de que algo así podría ocurrir, que no necesariamente,

automáticamente, regresaría a su tiempo, sino que podría ser arrojado a otra era? ¿Y por qué, simplemente como precaución, no se había armado antes de marcharse? En la biblioteca había pistolas de alto calibre, podía haber cogido una de ellas y un par de cajas de municiones si simplemente lo hubiera pensado.

Había fallado en reconocer la posibilidad de poder ser trasladado a un lugar como éste, admitió, porque había estado pensando en lo que él quería que sucediese, excluyendo todo el resto, utilizando una lógica endeble para convencerse a sí mismo de que tenía razón. Su manera ansiosa de pensar, supo, lo había arrojado a un sitio que ningún hombre en su sano juicio elegiría.

Se encontraba en la era de los dinosaurios y no había ninguna casa. Probablemente él era el único ser humano en el planeta, y si su suerte se mantenía, quizá sobreviviera un día o dos, pero posiblemente no más que eso. Supo que de nuevo se estaba apartando de lo más importante, pensando tan ilógicamente como lo hiciera cuando se arrojó a la grieta temporal. Quizá no hubiera tantos carnívoros por los alrededores, y si un hombre era cauto y observador y se daba una oportunidad para aprender, tal vez fuera capaz de sobrevivir. Aunque las probabilidades eran de que se hallaba varado aquí. Había muy pocas esperanzas de que pudiera encontrar otra grieta en el tiempo, e incluso si lo hacía, no tenía ninguna seguridad de que lo transportara a algún lugar mejor que éste. Tal vez, si podía localizar el punto exacto por donde había entrado a este mundo, pudiera tener una oportunidad de localizar de nuevo la grieta, aunque no había ninguna garantía de que ésta funcionara en ambos sentidos. Se detuvo y miró a su alrededor, pero no había ningún modo de saber cuál había sido el punto por donde llegara aquí. El paisaje parecía completamente igual.

Vio que el anquilosaurio había salido un poco del matorral y estaba husmeando bastante agresivamente en los helechos. Dándole la espalda, siguió ascendiendo por la pendiente.

Antes de llegar a la cima, se volvió nuevamente para echar un vistazo. El anquilosaurio había desaparecido, o quizá él no sabía donde buscarlo. Allí, en el terreno pantanoso que había sido la ciénaga de los alisos donde Underwood y Charlie habían atrapado las gallinetas se estaban alimentando un grupo de pequeños reptiles, extrayendo pequeños arbustos y hierbas.

A lo largo del horizonte de la colina, más allá de donde estaban los reptiles, avanzaba una criatura más grande sosteniéndose con paso tambaleante sobre sus patas traseras, su cuerpo inclinado formando un ángulo, sus arrugados brazos colgando a los costados, y su brutal y masiva cabeza agitándose mientras caminaba. Los reptiles en el terreno pantanoso dejaron de comer, girando sus cabezas para contemplar el tambaleante horror. Entonces comenzaron a correr bruscamente sobre delgadas patas

traseras, parecidos a una bandada de pollos desproporcionados y sin plumas corriendo para salvar sus vidas.

Latimer se giró nuevamente y caminó hacia la cima de la colina. El último tramo de la pendiente era empinado, más empinado de lo que recordaba que había sido en aquel otro mundo más seguro. Cuando llegó a la cima, jadeaba; se detuvo para recobrar el aliento. Entonces, cuando comenzó a respirar más pausadamente, se giró otra vez para mirar hacia el sur.

Se detuvo a medio girar, sorprendido ante lo que veía, la última cosa en el mundo que hubiera esperado ver. Situado en el valle que había entre la colina donde él estaba y la siguiente parte del terreno había un edificio. No una casa, sino un edificio. Tenía por lo menos treinta pisos de altura y parecía ser un edificio de oficinas, con sus ventanas brillando en el sol.

Sollozó de sorpresa y agradecimiento, pero aún así no comenzó a correr hacia él, sino que permaneció contemplándolo por un momento, como si necesitara mirarlo por un tiempo para creer que se hallaba allí. Rodeándolo, había un parque y árboles plantados con gusto. Alrededor del parque había una cerca de alambre y en ésta, ante la ladera de la colina más próxima a él, había una entrada, al lado de la cual había una caseta de vigilancia. Fuera de la caseta había dos hombres armados.

Entonces comenzó a correr, descendiendo imprudentemente, corriendo a grandes saltos y esquivando matorrales de arbustos. Tropezó y cayó, rodando por la pendiente. Chocó contra un árbol y, casi sin aire, se incorporó, jadeando y resollando. Los hombres en la entrada no se habían movido, pero sabía que lo habían visto; ambos miraban en su dirección.

Avanzando más lenta y cuidadosamente, continuó bajando por la colina. La pendiente se niveló y encontró un ligero sendero que seguía hasta la entrada.

Llegó hasta los dos guardias y se detuvo.

—Maldito tonto —le dijo uno de ellos—, ¿qué cree que está haciendo ahí afuera sin un arma? ¿Trata de que lo maten?

—Durante los últimos días ha estado merodeando por los alrededores un tiranosaurio viejo —dijo el otro guardia—. Lo vieron varias personas. Un viejo bastardo como ese puede incitarse ante su presencia, y usted no tendría ninguna oportunidad.

El primer guardia señaló la entrada con su rifle y dijo:

—Entre. Dé las gracias por encontrarse vivo. Si alguna vez lo veo salir sin un arma lo haré volver inmediatamente, así que ayúdeme.

—Gracias, señor —dijo Latimer.

Atravesó la entrada, siguiendo un sendero de conchas aplastadas, dirigiéndose hacia la entrada principal del edificio. Pero ahora que se hallaba aquí, a salvo detrás de la cerca, comenzó a sentir la reacción. Sus rodillas estaban temblorosas y se tambaleaba al caminar. Se sentó en un banco

bajo un árbol. Vio que las manos también le temblaban, y las apretó fuertemente contra sus piernas para detener el movimiento.

¿Cuánta suerte puede tener uno?, se preguntó ¿Y qué significado podía tener esto? Una casa en el pasado más reciente, un edificio de oficinas en este lugar que debía hallarse a millones de años en el pasado. Los dinosaurios habían desaparecido de la Tierra por lo menos hacía sesenta millones de años. ¿Y la grieta? ¿Cómo había aparecido? ¿Era algo que podía ocurrir naturalmente, o había surgido porque alguien estaba manipulando el tiempo? ¿Aparecerían tales grietas cuando alguien, trabajando deliberadamente, utilizando técnicas de las cuales no había conocimiento público, presionaba sobre el tejido del tiempo? Decidió que no había ninguna diferencia, que la terminología no poseía gran importancia.

Un edificio de oficinas, pensó. ¿Qué significado tendría ese edificio? ¿Sería posible que hubiera caído en los cuarteles generales del proyecto/conspiración/programa que se ocupaba de atrapar a gente elegida en el pasado. Pensándolo bien, esta suposición tenía sentido. Un grupo de hombres cautelosos no podrían arriesgarse a operar tal empresa en el presente, donde podría ser descubierta por un periodista curioso o por una investigación gubernamental o por cualquier otro medio. Aquí, enterrados millones de años en el tiempo, habría muy pocas posibilidades de que alguien los desenmascarara.

En el sendero se oyó el crujir de pasos y Latimer alzó la vista. Un hombre con camisa de sport y pantalones de franela estaba de pie ante él.

—Buenos días —dijo Latimer.

El hombre preguntó:

—¿Por casualidad es usted David Latimer?

—Sí, lo soy —respondió Latimer.

—Eso creí. No recuerdo haberlo visto antes. Estaba seguro de que los conocía a todos. Y los guardias informaron...

—Llegué aproximadamente hace una hora.

—El señor Gale deseaba verlo tan pronto como llegara.

—¿Quiere decir que me estaban esperando?

—Bueno, no podíamos estar absolutamente seguros —dijo el otro—. Estamos contentos de que lo haya logrado.

Latimer se levantó del banco, y los dos caminaron juntos hacia la entrada principal, ascendieron los escalones y atravesaron la puerta. Caminaron a través de una sala desierta, y luego por un pasillo flanqueado por puertas numeradas y sin nombres. A medio camino en el pasillo, el hombre que acompañaba a Latimer golpeó en una de las puertas.

—Pase —dijo una voz.

El hombre abrió la puerta y asomó la cabeza dentro.

—El señor Latimer está aquí —dijo—. Lo ha logrado.

—Muy bien —dijo la voz—. Estoy contento de que lo haya hecho. Por favor, hágalo pasar.

El hombre se hizo a un lado para permitir que Latimer entrara, luego dio un paso atrás y cerró la puerta. Latimer quedó solo, observando al hombre a través de la habitación.

—Mi nombre es Donovan Gale —dijo el hombre incorporándose y atravesando la habitación. Extendió la mano y Latimer la estrechó. El apretón de Gale era el de un amistoso empresario.

—Sentémonos aquí —dijo, indicando un sofá—. Me parece que tendremos mucho de que hablar.

—Estoy interesado en escuchar todo lo que tenga que decir —dijo Latimer.

—Creo que ambos lo estamos —dijo Gale—. Quiero decir que estamos interesados en lo que ambos tengamos que decir.

Se sentaron en las esquinas del sofá, girando para contemplarse mutuamente.

—Así que usted es David Latimer —dijo Gale—. El famoso pintor.

—Famoso no —dijo Latimer—. Aún no. Y parece que quizá nunca llegue a serlo. Pero lo que no entiendo es cómo me estaba esperando.

—Sabíamos que había abandonado la Casa de las Alcas.

—Así es como la llaman. Casa de las Alcas.

—Y sospechábamos que aparecería aquí. No sabíamos exactamente dónde, aunque esperábamos que fuera en las cercanías. De otro modo nunca lo hubiera logrado. En esas colinas hay monstruos. Aunque, por supuesto, realmente no podíamos estar seguros de que acabaría aquí. ¿Le importaría decirnos cómo llegó?

Latimer negó con la cabeza.

—No creo que lo haga; no ahora, por lo menos. Quizá más tarde, cuando conozca más acerca de toda esta operación. Y ahora una pregunta para usted. ¿Por qué yo? ¿Por qué un pintor inofensivo que tan sólo estaba tratando de vivir y lograr una reputación que le permitiera vivir mejor?

—Ya veo —dijo Gale— que lo ha descubierto.

—No todo —dijo Latimer—. Y quizá no muy correctamente. Pero me molesta que me traten como a un muchacho malo, como a una amenaza potencial de alguna clase. No tengo las agallas ni los motivos para ser malo. Y Enid, por el amor de Cristo, Enid es una poetisa. Y Alice lo único que hace es tocar bien el piano.

—Le está hablando al hombre equivocado —dijo Gale—. Breen le puede explicar eso, si puede hacer que se lo explique. Yo sólo pertenezco al personal.

—¿Quién es Breen?

—El jefe del grupo de evaluación.

—¿Ellos son los que deciden quién va a ser atrapado y arrojado por el tiempo?

—Si; crudamente, esa es la idea. Aunque hay más que eso. Aquí hay mucho trabajo realizado. Miles de periódicos y otras fuentes de información

que leer para localizar a los sujetos potenciales. Determinaciones psicológicas preliminares. Luego es necesario realizar un estudio más profundo en el mundo original. Investigaciones más extensivas de los sujetos potenciales. Pero allí nadie sabe qué es lo que está sucediendo. Simplemente son contratados para realizar un trabajo. El trabajo verdadero se lleva a cabo aquí.

—¿El mundo original es el presente? ¿Su viejo mundo y el mío?

—Sí. Sin embargo, si piensa en el mundo original como en el presente está equivocado. No es así. No estamos tratando con el tiempo, sino con mundos alternos. El mundo del que acaba de llegar es un mundo donde todo sucedió exactamente de la misma manera que en el mundo original, con una sola excepción: el hombre nunca evolucionó. Allí no hay ningún ser humano y nunca lo habrá. Aquí, donde nos encontramos ahora, ocurrió algo más drástico. Aquí los reptiles no se extinguieron. El Cretáceo nunca finalizó, y el Cenozoico nunca comenzó. Los reptiles todavía son la especie dominante y los mamíferos todavía son una especie secundaria.

—Usted se está arriesgando diciéndome todo esto, ¿no es cierto?

—No lo creo así —contestó Gale—. Usted no irá a ninguna parte. Ninguno de nosotros irá a ninguna parte. Una vez que firmamos para estar aquí, sabemos que no hay ningún modo de regresar. Estamos encallados aquí. A menos que tenga un sistema...

—Ningún sistema. Simplemente tuve suerte.

—Usted es algo así como una mancha para nosotros —dijo Gale—. En todos los años en que el programa ha estado en funcionamiento, nada parecido a esto ha ocurrido en ninguna de las estaciones. No sabemos qué hacer, y realmente no sabemos qué hacer con usted. Por el momento permanecerá como invitado. Más tarde, si es su deseo, podremos encontrarle un sitio. Puede convertirse en un miembro del grupo.

—En este momento —dijo Latimer— esa idea no me atrae mucho.

—Eso se debe a que desconoce los hechos y los peligros. Bajo los sistemas económicos y sociales que se han desarrollado en el mundo original, la gran masa de la humanidad jamás lo ha tenido todo tan bien. Por supuesto, hay diferencias ideológicas, pero existe la esperanza de que eventualmente se erradicarán. Hay áreas sin privilegios; esto no puede ser negado. Pero uno debe conceder también que la única esperanza que tienen está en su desarrollo por los intereses de un mundo de negocios libre. Los así llamados intereses de las altas finanzas son la única esperanza del mundo. Con la estructura económica actual desaparecida, el mundo entero caería a una nueva Era de las Tinieblas, de la cual se necesitarían mil años o más para recuperarse, si es que lo logran.

—Entonces, para proteger su preciosa estructura económica, sitúan a un pintor, una poetisa y un músico en el limbo.

Gale hizo un gesto de desaliento con las manos.

—Ya le dije que yo no puedo suministrarle la parte racional del asunto. Tendrá que ver a Breen, si él tiene tiempo de verle. Es un hombre muy ocupado.

—Me imagino que debe serlo.

—Quizá saque los archivos y se lo explique —dijo Gale—. Como le dije, no irá a ninguna parte. Ahora ya no puede plantear ningún problema. Está encallado aquí con nosotros y nosotros con usted. Supongo que podríamos enviarle de regreso a la Casa de las Alcas, pero creo que eso sería poco recomendable. Tan sólo trastornaría a la gente que se encuentra allí. Tal como sucedió, probablemente piensen que se perdió y fue muerto por un oso o mordido por una víbora o que se ahogó en una ciénaga. Lo buscarán, y cuando no lo encuentren todo quedará tal como estaba. Simplemente se perdió; jamás pensarán que se escapó. Creo que será mejor que lo dejemos en este punto. Ya que se encuentra aquí con más tiempo, conocerá gran parte de nuestra operación. No tenemos más elección que ser francos con usted. Comprensiblemente, sin embargo, preferiríamos que nadie fuera de estos cuarteles generales lo supiera.

—En la Casa de las Alcas había un cuadro mío colgado en mi habitación.

—Pensamos que sería un gesto agradable —dijo Gale—. Algo así como un gesto amistoso. Lo podemos traer aquí.

—Esa no es la razón por la que le pregunté —dijo Latimer—. Me estaba preguntando: ¿tuvo algo que ver el hombre de la pintura con lo que me hicieron? ¿Tenían miedo de que siguiera pintando cuadros señalando las fallas de su preciosa estructura económica?

Gale estaba incómodo.

—No lo podría decir —comentó.

—Estaba por decirle que si ese era el caso, están sobre un terreno muy movedizo y llevan un profundo complejo de culpa.

—Tales cosas están más allá de mí —dijo Gale—. Ni siquiera puedo hacer un comentario.

—¿Y esto es lo único que desea de mí? ¿Qué permanezca en un lugar? ¿Qué simplemente sea un invitado de estas corporaciones de corazones tan grandes?

—A menos que quiera decirnos cómo llegó aquí.

—Le he dicho que no lo haré. No ahora. Supongo que si me torturan...

—No lo torturaríamos —dijo Gale—. Somos civilizados. Lamentamos algunas de las cosas que debemos hacer, pero no nos echamos atrás ante el deber. Y no el deber hacia lo que usted llama corporaciones de corazones grandes, sino hacia toda la humanidad. El hombre tiene algo que está funcionando bien, no podemos permitir que lo destruya. No correremos ningún riesgo. Y ahora, quizá deba llamar a alguien para que lo conduzca a su habitación. Creo que habrá dormido poco la última noche.

La habitación de Latimer estaba en uno de los pisos superiores, y era más grande y estaba amueblada con un poco más de gusto que su habitación de la Casa de las Alcas. Desde una ventana vio que la configuración de la costa era muy parecida a la de la Casa de las Alcas. El gris sucio del océano se extendía lejos hacia el este, y las olas todavía rompían contra los bloques de piedra. A alguna distancia de la playa, un grupo de criaturas de cuello largo jugueteaban en el agua. Observándolas más detenidamente, Latimer dedujo que estaban cogiendo peces. Dispersas monstruosidades con forma de reptil se movían entre las colinas que había poco antes del mar, algunas de ellas en grupos reducidos, otras solas. Empequeñecidas por la distancia, ninguna parecía anormalmente grande. Notó que los árboles no eran muy diferentes de aquellos que había conocido. Lo único que había cambiado era la falta de hierba.

Se dijo que había sido la víctima de un pensamiento simplista al creer que arrojándose por la grieta sería transportado al presente o al mundo original o como uno deseara llamarlo. En el fondo de su mente, aunque no se había atrevido a pensarlo, estaba la idea de que si retornaba al mundo verdadero podría rastrear a la gente que estaba envuelta en esto y detenerla.

Ahora ya no existía la posibilidad de realizarlo, lo sabía, y nunca había existido. De regreso en el mundo original no habría ninguna evidencia que pudiera mantenerse en pie, solo lacayos altamente pagados que realizaban tareas necesarias. Investigadores privados, oscuros operadores como el agente de Boston y el Campbell que había puesto la Casa de las Alcas en alquiler o venta. Indudablemente, el letrero anunciando que la casa estaba disponible era colocado solo cuando un cliente potencial pasaba por allí. Campbell debió haber recibido una buena paga, quizá con algo a lo que no pudiera seguirse la pista, por la parte que interpretó, ofreciendo la casa y luego quizá llevándose el coche que el cliente había dejado. Ciertamente corría algunos riesgos, pero estos eran ínfimos. Incluso si hubiera sido detenido, no habría ningún modo de ligarlo con el proyecto. El mismo ni siquiera tendría la más mínima idea con respecto al proyecto. Unos pocos hombres en el mundo original deberían saberlo, por supuesto, ya que debía mantenerse una especie de comunicación entre este centro de operaciones y el mundo original. Pero indudablemente, los hombres del mundo original serían ciudadanos sólidos, no demasiado conocidos, todos más allá de cualquier sospecha o reproche. Serían muy cuidadosos con la más pequeña sospecha, y las comunicaciones entre ellos y este lugar debían ser de una clase que no pudiera ser rastreada, y no habría ninguna grabación. Esos pocos hombres directos, y quizá un número de manos alquiladas que no tendrían idea de lo que se estaba haciendo, serían los únicos en el mundo original que jugarían un papel en el proyecto. El

corazón de la operación estaba en este edificio. Aquí las cosas estaban a salvo. No había ningún modo de llegar a ellas. Gale ni siquiera se había molestado en negar lo que se estaba haciendo, simplemente se había referido a Breen para mayores explicaciones. Y Breen, en caso de que pudiera hablar con él, probablemente tampoco negaría nada.

Y aquí estaba él, David Latimer, artista, el único hombre que no pertenecía a la organización que, tal vez sin darse cuenta del total alcance del proyecto, sabía lo que estaba sucediendo. Sabía y no podía hacer nada al respecto. Reconstruyó los hechos que había adquirido hasta ahora una y otra vez en su mente, buscando alguna abertura de debilidad, pero parecía no haber ninguna.

Qué tontería, pensó, un hombre enfrentándose solo contra un grupo que poseía los recursos de la tierra en su puño, un grupo implacable y fanático que dirigía, como sus directivos, a los mejores cerebros del planeta, arrogantes en su creencia de que lo que era bueno para ellos sería bueno para todos; que no toleraban ninguna interferencia, alertas a la más mínima amenaza, incluso si fuera imaginaria.

Una tontería, quizá quijotesca... y sin embargo, ¿qué podía hacer? Para mantener su propio respeto, para demostrar incluso una lealtad externa a la dignidad humana, sólo por eso debía realizar un esfuerzo, aún sabiendo que la posibilidad de lograrlo estaba cerca de cero.

Pero hay que reconocer, pensó, que no eran crueles. En muchos modos eran compasivos. Sus imaginados enemigos no eran asesinados ni confinados en hediondas cárceles, tal como había ocurrido con muchos tiranos históricos. Eran mantenidos bajo las mejores condiciones, con todas sus necesidades servidas, y no eran humillados. Todo se realizaba para mantenerlos cómodos y felices. Lo único que se les había quitado era su libertad de elección.

El hombre, pensó, había luchado durante amargos siglos por aquella misma libertad. No era algo que pudiera mantenerse ligeramente o abandonar fácilmente.

Todo esto, pensó, no tenía ningún significado por el momento. En caso de ser capaz de hacer algo, quizá no fuera hasta pasados varios meses de observación y aprendizaje. Podría permanecer en la habitación durante horas, revolcándose en su duda e incompetencia, y no ganar nada con ello. Ya era tiempo de que se acostumbrara a su nuevo medio ambiente.

Los terrenos parecidos a parques que rodeaban el edificio estaban circundados por la cerca de cuatro metros de altura, que tenía otra cerca interior de un metro veinte. Había árboles y arbustos y lechos de flores y hierba, la única hierba que había visto desde que llegara aquí; un césped bien cuidado.

Senderos de conchas aplastadas serpenteaban entre los árboles, bajo los cuales todo era tranquilidad y frescor. Unos pocos jardineros trabajaban en los lechos de flores y los guardias permanecían ante las distantes entradas, pero de otro modo había poca gente en los alrededores. Probablemente fuera horario de oficina todavía; más tarde, quizá hubiera mucha gente.

Cuando dio una vuelta muy cerrada alrededor de unos arbustos que le llegaban hasta la cabeza, tropezó casi con el hombre sentado en el banco. Latimer se detuvo, y por un momento ambos se contemplaron como si cada uno estuviera sorprendido ante la aparición del otro.

Entonces el hombre, con un parpadeo en un ojo, dijo:

—¿Podría ser el refugiado de la Casa de las Alcas?

—De hecho lo soy —contestó Latimer—. Mi nombre es David Latimer. Como si no lo supiera.

—Le doy mi palabra —dijo el otro— que no conocía su nombre. Tan sólo había oído que alguien se había escapado de la Casa de las Alcas y había llegado hasta aquí. Aquí las noticias viajan velozmente. Todo el lugar es un molino de rumores. Suceden tan pocas cosas de importancia que cuando ocurre algo notable, es masticado hasta lo último. Mi nombre, de paso, es Horace Sutton, y soy paleontólogo. ¿Puede imaginar un lugar más adecuado para un paleontólogo?

—No, no puedo —respondió Latimer.

—Por favor, comparte este banco conmigo —le invitó Sutton—. Creo que no hay nada de inmediata urgencia que requiera su presencia.

—Ninguna cosa —dijo Latimer—. Nada de nada.

—Bien, excelente —dijo Sutton—. Podemos sentarnos y charlar un rato, o dar un paseo por los alrededores; lo que le plazca. Luego, tan pronto como el sol se ponga sobre el jardín, si por ese entonces no se encuentra completamente desencantado conmigo, podemos dedicarnos a beber un poco.

El cabello de Sutton estaba encaneciendo y su rostro tenía arrugas, pero alrededor suyo flotaba algo joven que compensaba las canas y arrugas.

Latimer se sentó y Sutton dijo:

—¿Qué piensa de este lugar tan bien preparado? Un sitio encantador, realmente. La cerca más alta, como ya lo habrá adivinado, está electrificada, y la más pequeña retiene a la gente estúpida como usted y yo para que no tropecemos con ella. Aunque ha habido veces en que me he alegrado de que la cerca estuviera allí. Hay veces que un carnívoro o dos huelen la carne y se preparan para un banquete, y entonces uno se alegra de que se encuentre allí.

—¿Se reúnen a menudo? Los carnívoros, me refiero.

—No tanto como solían hacerlo. Después de un tiempo, el conocimiento de que deben mantenerse alejados se filtra hasta en sus cerebros de reptiles.

—¿Usted, como paleontólogo, estudia aquí la vida salvaje?

—Lo he hecho durante los últimos diez años —contestó Sutton—. Bueno, creo que un poco menos que eso. Al principio me resultaba extraño, y todavía me lo parece un poco. Como sabe, un paleontólogo trabaja comúnmente con huesos y huellas fósiles y otras evidencias irritantes que casi le dicen a uno lo que quiere saber, pero que jamás lo hacen del todo. Aquí hay otro problema. Desde el punto de vista del mundo original, muchos de los reptiles, incluyendo los dinosaurios, se extinguieron hace sesenta y tres millones de años. De hecho, no los estudiamos tal como eran hace millones de años, sino como son después de millones de años adicionales de desarrollo evolutivo. Algunas de las viejas especies han desaparecido, otras han evolucionado, transformándose en otra cosa, a cuyo través uno puede observar las huellas de su ascendencia; y también han surgido formas completamente nuevas.

—Parece como si el estudio que hace de ellos fuera muy dedicado —dijo Latimer—. Bajo otras circunstancias, probablemente estaría escribiendo un libro...

—Estoy escribiéndolo —dijo Sutton—. Estoy trabajando mucho en él. Aquí hay un hombre que es muy habilidoso dibujando y que está realizando diagramas para mí, y habrá fotografías...

—¿Pero cuál es el objetivo? —preguntó Latimer—. ¿Quién lo publicará? ¿Cuándo será publicado? Gale me dijo que nadie se marcha jamás de aquí, que no se puede regresar al mundo original.

—Es cierto —dijo Sutton—. Somos exiliados del mundo original. A menudo pienso en nosotros como si fuéramos romanos estacionados en una guarnición, digamos, en la frontera norte de Britania o en los desiertos de Dacia, con el conocimiento de que no regresaremos nunca a Roma.

—Pero esa significa que su libro no será publicado. Supongo que podría ser transmitido de vuelta al mundo original y ser impreso allí, pero su publicación rompería el secreto del proyecto.

—¿Qué es lo que sabe exactamente del proyecto? —le preguntó Sutton.

—No mucho, quizá. Solamente el propósito que tiene: atrapar a gente en el tiempo... no, no en el tiempo, sino en mundos alternos.

—¿Entonces no lo conoce todo?

—Quizá no —dijo Latimer.

—El asunto de trasladar gente potencialmente peligrosa del mundo original —dijo Sutton—, tan sólo es una parte del proyecto. Seguro que si lo ha pensado bien podrá ver otras posibilidades.

—No he tenido tiempo para analizarlo muy profundamente —dijo Latimer—. De hecho, nada de tiempo. ¿No querrá decir la explotación de estos mundos?

—Eso es exactamente lo que quiero decir —dijo Sutton—. Es tan obvio, tan lógico. El mundo original se está quedando sin materias primas. En estos mundos están intactas. La explotación de los mundos alternos no sólo abrirá nuevas fuentes, sino que suministrará nuevos empleos, nuevas tierras para colonizar, nuevo espacio para la expansión. Definitivamente es una mejor idea que esas tonterías que usted oye acerca de ir al espacio exterior a encontrar nuevos mundos que puedan ser colonizados.

—¿Entonces por qué esta mascarada ridícula de utilizarlo para deshacerse de enemigos potenciales?

—Lo dice como si no aprobara esa parte del proyecto.

—No estoy seguro de aprobar nada de él, y ciertamente no de agarrar gente y desparramarla en otros sitios. Usted parece ignorar el hecho de que yo fui una de esas personas. Todo esto tiene olor a paranoia. Por el amor de Dios, los intereses de las altas finanzas en el mundo original tienen sólidamente sujetas a las instituciones de la Tierra y, en gran parte, a la gente que la habita, por lo que no hay ninguna razón para creer que existe alguna amenaza contra ellos.

—Pero ellos toman en cuenta —dijo Sutton— la posibilidad de tales amenazas creciendo en los años venideros, probablemente basándose en los acontecimientos que podrían estar ocurriendo ahora. Tienen equipos de psicólogos que están dirigiendo sus estudios sobre estas posibilidades, equipos de economistas y científicos políticos están observando las posibles tendencias futuras que podrían provocar reacciones antifinancieras. Y, como ya sabe, están determinando ciertas áreas específicas y gente que podría contribuir a ello, quizá inconscientemente, ahora o el futuro, y a crear reacciones indeseadas. Pero, tal como yo lo entiendo, tienen la esperanza de que si pueden prevenir las tendencias que acarrearían tales reacciones por unos siglos, entonces los climas políticos, económicos y sociales estarían tan sólidamente a su favor que podrían continuar con la explotación de algunos de los mundos alternos. Sin embargo, desean estar seguros, antes de embarcarse en ello, de que no tendrán que estar continuamente cuidando sus espaldas.

—¡Pero cientos de años! Toda la gente que ahora está ocupada en este proyecto estará bien muerta por aquel entonces.

—Usted olvida que una corporación puede durar varios siglos. La fuerza compulsora aquí son las corporaciones. Y, mientras tanto, aquellos que trabajan en el proyecto obtienen muchas ventajas. Bien vale el tiempo que le dedican.

—Pero no pueden regresar a la Tierra... me refiero al mundo original.

—Usted está obsesionado con el mundo original —dijo Sutton—. Por el hecho de trabajar en el proyecto, a usted se le brindan muchas ventajas

que el mundo original jamás podrá darle. Trabaje en el proyecto por veinte años, por ejemplo, y a la edad de cincuenta, en algunos casos incluso antes, puede tener una amplia elección de jubilaciones: un terreno en algún lugar del Mundo de las Alcas, una villa en un mundo paradisíaco, un pabellón de caza en otro mundo donde existe una variedad increíble de especies. Con su familia, si tiene una, con sirvientes, con cualquier deseo suyo cumplido. Dígame, señor Latimer, ¿podría estar tan bien si se hallara en el mundo original? Y solo he mencionado unas pocas posibilidades; hay muchas otras.

—Gale me dijo que sería posible enviarme de vuelta a la Casa de las Alcas. ¿La gente puede trasladarse entre los mundos alternos pero no al mundo original?

—Así es. Los suministros para todos los mundos son trasladados a este mundo y desde aquí son enviados a las otras estaciones.

—¿Pero cómo? ¿Cómo lo realizan?

—No tengo la menor idea. Hay una tecnología completamente nueva involucrada en esto. Una vez pensé que se trataría de transmisores de materia, pero entiendo que no es así. Existen ciertas puertas. Puertas con señales alrededor de ellas. Supongo que hay una élite de ingenieros que lo saben, pero creo que son los únicos.

—Habló de familias.

—Las hay aquí.

—Pero no he visto...

—Los niños están en la escuela. No hay mucha gente por los alrededores ahora. Comenzarán a aparecer a la hora del cóctel. Hay una especie de rutina de club de campo. Esa es la razón por la que me gusta levantarme temprano, cuando no hay mucha gente. Tengo este parque para mí.

—Sutton, es como si este lugar le gustara.

—No me molesta —dijo Sutton—. Es mucho mejor de lo que tenía en el mundo original. Allí mi reputación había sido arruinada por una tonta disputa que mantuve con varios de mis colegas. Mi esposa murió. Mi universidad no me apoyó. Así que cuando se me ofreció un trabajo decente...

—¿Sin mencionarle qué clase de trabajo era?

—Bien, así fue. Pero las condiciones parecían buenas, y yo estaría a cargo de la investigación que se realizaría. Para serle franco, lo acepté inmediatamente.

—Debió haber estado sorprendido.

—De hecho lo estuve. Me tomó cierto tiempo para que me reconciliara con la situación.

—¿Pero por qué desearían a un paleontólogo?

—¿Quiere decir por qué las cínicas corporaciones almacenadoras de dinero desearían a un paleontólogo?

—Creo que eso es lo que quería decir.

—Mire, Latimer, los hombres que levantan corporaciones no son monstruos. Aquí vieron la necesidad de estudiar un mundo realmente único, una continuación del Cretáceo, que ha sido durante años una parte intrigante de la historia de nuestro planeta. Lo vieron como una contribución al conocimiento humano. Mi libro, cuando sea publicado, mostrará este mundo en una época anterior al impacto de la explotación humana.

—¿Cuándo será publicado su libro?

—Cuando sea algo seguro hacer el anuncio de que han sido descubiertos mundos alternos y que están siendo abiertos para la colonización. Yo nunca veré el libro, por supuesto, pero de todas formas me enorgullezco de él. Aquí he encontrado la confirmación a la postura que produjo la condena de mis colegas. Un pensamiento confuso, decían, pero eran ellos los pensadores confusos. Este libro me reivindicará.

—¿Y es importante eso? ¿Incluso cuando esté muerto?

—Por supuesto que es importante. Incluso después de estar muerto.

Sutton contempló su reloj.

—Creo —dijo— que ya es tiempo. Acaba de ocurrírseme: ¿ha comido algo?

—No —dijo Latimer—. No había pensado en ello antes. Pero estoy hambriento.

—En el bar habrá canapés —dijo Sutton—. Suficientes para mantenerlo hasta la cena.

—Una pregunta más antes que nos marchemos —dijo Latimer—. Usted dijo que los reptiles mostraban algunas tendencias evolutivas. ¿En qué dirección? ¿De qué modo han cambiado?

—En muchos contestó Sutton—. Cambios físicos, por supuesto. Y quizá también cambios ecológicos: cambios de comportamiento, aunque de eso no puedo estar seguro. No puedo saber cuál era su comportamiento anterior. Algunos de los carnívoros más grandes no han cambiado en nada. Quizá tengan un poco más de habilidad en algunas cosas. Sus presas pueden haberse vuelto más rápidas, más alertas, y los carnívoros tenían que desarrollar una agilidad más grande o morir de inanición. Pero el cambio más sorprendente es en la inteligencia. Hay una especie, hasta donde yo sé completamente nueva, que parece haber desarrollado una pronunciada inteligencia. Si es así, está tomando una dirección extraña. Es difícil juzgarlo correctamente. Usted debe recordar que de todas las estúpidas cosas que caminaron sobre la Tierra, algunos dinosaurios estaban entre las primeras. No poseían ni una pizca de sentido.

—Dijo inteligencia en una dirección extraña.

—Déjeme tratar de explicárselo. He observado a estos sujetos durante horas. Estoy casi seguro de que manejan rebaños de herbívoros... reptiles herbívoros. No corren a su alrededor del modo que los pastores

alemanes manejan a las ovejas, pero estoy seguro de que los controlan. Siempre hay unos pocos de ellos observando a los rebaños, y mientras vigilan el rebaño no se descarría, permanece unido como un rebaño de ovejas atendidas por perros. Cuando hay necesidad de trasladarse a otros pastos se mueven ordenadamente. Y de vez en cuando unos pocos miembros se apartan y se dirigen deambulando hacia un lugar donde otros de mis llamados dinosaurios inteligentes los están esperando, y allí son muertos. Se dirigen hacia el matadero. No puedo apartar la sensación de que los herbívoros son rebaños de carne, las provisiones vivas de las especies inteligentes. Y otra cosa. Cuando merodean los carnívoros, estos sujetos inteligentes hacen que se marchen. Sin perseguirlos ni amenazarlos. Simplemente situándose en un lugar donde puedan ser vistos. Entonces se sientan y después de verlos los carnívoros parecen ponerse un poco nerviosos, y tras un corto período se alejan.

—¿Hipnotismo? ¿Alguna especie de poder mental?

—Posiblemente.

—Eso no tiene por qué ser inteligencia. Quizá no sea más que una característica adquirida para la supervivencia.

—De algún modo no creo que sea así. Además de observar a los rebaños y alejar a los carnívoros, si es eso lo que están haciendo, se reúnen mucho en grupos. Como un grupo de gente conversando. Esa es la impresión que me dan, que están hablando. Ninguno de los gestos sociales que se ven entre los primates... ningún cuidado o payasada o cosa por el estilo. Parece haber muy poco contacto personal: no se tocan, no se palmean. Como si nada de esto fuera necesario. Pero bailan. Una danza ritual de alguna clase. Sin música. No tienen nada con lo que puedan producir música. No poseen las manos que puedan construir artefactos. Quizá no necesitan herramientas o armas o instrumentos musicales. Aparentemente tienen ciertos lugares sagrados. Lugares a los que van, solos o en grupos pequeños, para meditar o adorar. Conozco uno de estos lugares; debe haber otros. Sin ídolos, nada que puedan adorar físicamente. Es un lugar oculto, aparentemente un sitio especial que han estado utilizando durante años. Han creado un sendero, un sendero que han recorrido a través de los siglos. Parecen no tener ningún modo de adoración, ningún ritual que deba ser realizado. Simplemente, van y se sientan. A cualquier hora. En este mundo no hay domingos. Sospecho que solo van cuando sienten la necesidad de ir.

—Es un pensamiento escalofriante —dijo Latimer.

—Sí, supongo que sí.

Contempló de nuevo su reloj.

—Estoy comenzando a sentir la necesidad de aquel trago —dijo—. ¿Y usted?

—Sí —dijo Latimer—. Me sentará bien uno.

Y ahora, se dijo, tenía unas respuestas más. Sabía cómo se cambiaba al personal en la Casa de las Alcas, de dónde provenían los suministros. Todos y todo, aparentemente, era canalizado y conducido desde este centro de operaciones. El mundo original, de tiempo en tiempo, brindaba suministros y personal, y luego el resto era realizado desde aquí.

Estaba intrigado ante la actitud de Sutton. El hombre parecía bastante contento, no tenía ningún resentimiento por estar exiliado aquí. No son monstruos, había dicho, implicando que los hombres en esta operación eran razonables y devotos, trabajando para el interés público. Estaba convencido de que algún día su libro sería publicado, dándole una reivindicación postmortem. También estaban, recordó Latimer, los poemas de Enid y la novela de Dorothy. ¿Habían sido publicados en el mundo original, quizá bajo un seudónimo? ¿Eran trabajos tan excelentes que había sido importante que no se perdieran?

¿Y qué era de los hombres que habían realizado la investigación que había dado como resultado el descubrimiento de los mundos alternos y que habían creado la técnica de alcanzarlos y ocuparlos? Ciertamente no estarían en el mundo original; allí serían un peligro demasiado grande. Quizá estarían retirados en algún terreno en un mundo alterno.

Avanzaron alrededor de uno de los grupos de árboles que había en el parque, y en la distancia Latimer oyó el sonido de niños felices en su juego.

—La escuela ha terminado —dijo Sutton—. Ahora es el tiempo de los niños.

—Una cosa más —dijo Latimer—, si no le molesta. En todos estos mundos alternos que menciona, ¿hay algunos humanos nativos de estos mundos? ¿Es posible que existan otras razas de hombres?

—Hasta donde yo sé —contestó Sutton—, el hombre apareció tan solo una vez en el mundo original. Supongo que lo que le he contado no es toda la historia. Quizá haya más datos. He estado muy ocupado para intentar averiguar más. Lo que le he dicho son las cosas que he ido recogiendo en conversaciones casuales. No sé cuántos otros mundos alternos han sido descubiertos, ni cuántas estaciones más han sido establecidas. Sé que en el Mundo de las Alcas hay otras varias estaciones además de la Casa de las Alcas.

Por estaciones usted quiere decir los lugares donde ponen a los indeseables.

—Lo dice usted muy crudamente, señor Latimer; pero sí, está en lo cierto. Respecto a la cuestión de la evolución de los humanos en otras partes, creo que es muy poco probable. Me parece que el hecho de que el hombre evolucionara solo fue gracias a la combinación de un número de circunstancias afortunadas. Cuando uno contempla detenidamente la situación, tiene que coincidir con que el hombre no tenía derecho a esperar evolucionar. Fue una especie de accidente evolutivo.

—¿Y la inteligencia? La inteligencia apareció en el mundo original, y usted parece tener evidencias de que aquí también ha surgido. ¿Es la inteligencia algo hacia lo cual pueda estar dirigiéndose la evolución y que finalmente conseguirá, con cualquier forma y en cualquier mundo? ¿Cómo puede estar seguro de que no ha aparecido en el Mundo de las Alcas? En la Casa de las Alcas sólo han sido explorados unos pocos kilómetros cuadrados. Quizá en las otras estaciones se haya hecho lo mismo.

—Hace preguntas imposibles —dijo Sutton secamente—. No hay ningún modo en que pueda contestárselas.

Habían llegado a un lugar desde el cual tenían una vista completa del edificio de los cuarteles generales; ahora había mucha gente: hombres y mujeres dando paseos o tomando el sol o tendidos en la hierba, gente sentada en terrazas en grupos mientras los niños corrían alegremente y jugaban.

Sutton, que había estado caminando delante de Latimer, se detuvo tan bruscamente que Latimer logró esquivarlo con dificultad. Sutton señaló con el brazo.

—Allí están —dijo.

Mirando en la dirección que señalaba, Latimer no pudo distinguir nada anormal.

—¿Qué? ¿Dónde?

—En la cima de la colina. Justo más allá de la puerta norte.

Después de un momento, Latimer los vio; eran una docena de criaturas, agazapadas en la cima de la colina por la cual, unas pocas horas antes, él había bajado corriendo hacia la puerta y la seguridad. Estaban demasiado distantes para poder ser distinguidas con claridad, pero poseían una leve apariencia reptilesca y parecían ser negras como el carbón, aunque no podía determinar si era un negro natural o si se debía a su posición contra el horizonte.

—Son los seres de los que le hablé —dijo Sutton—. No es nada anormal. Se sientan allí a menudo y observan. Sospecho que están tan curiosos con respecto a nosotros que nosotros con respecto a ellos.

—¿Los inteligentes? —preguntó Latimer.

—Sí, ellos —dijo Sutton.

Alguien, a cierta distancia, gritó en voz alta, no eran palabras que Latimer pudiera descifrar, sino un grito de miedo, un aullido de terror. Luego sonaron otros gritos, diferentes personas que absorbían el primer grito.

A través del parque estaba corriendo un hombre, dirigiéndose hacia su ángulo nordeste, corriendo desesperadamente, con los brazos moviéndose hacia todos los lados, las piernas un contorno borroso que se abrían y cerraban a toda velocidad. Estaba tan lejos que parecía un muñeco que corría, dirigiéndose hacia la cerca de metro veinte que había detrás de

la cerca más alta. Tras él corrían más personas desesperadas por alcanzarlo y hacer que se detuviera.

—Buen Dios, es Breen —jadeó Sutton. Su rostro se había vuelto gris. Comenzó a correr, tambaleándose. Abrió la boca para gritar, pero lo único que pudo hacer fue jadear.

El corredor llegó hasta la cerca interior y la atravesó de un salto. El más cercano de sus perseguidores estaba a varios metros de distancia.

Breen agitó los brazos en el aire por encima de su cabeza. Se estrelló contra la cerca electrificada. Un relámpago lo ocultó. Parpadeantes lenguas de fuego corrían a lo largo de la cerca, brillantes y resplandecientes como el centelleo de fuegos artificiales. Entonces el brillo se desvaneció y sobre la cerca colgaba un punto negro que humeaba grasientamente y que tenía un aspecto horroroso y humano.

El silencio, como una bocanada de aire aspirada, cayó sobre la multitud. Aquellos que habían estado corriendo se detuvieron y, por un momento, permanecieron inmóviles en sus lugares. Luego algunos de ellos, tras el primer instante, corrieron de nuevo, aunque algunos no lo hicieron, y las voces se oyeron nuevamente, pero ahora ya había menos gritos.

Cuando miró, Latimer vio que la colina estaba vacía; los dinosaurios que estaban allí ya habían desaparecido. No había ninguna señal de Sutton.

Así que era Breen, pensó Latimer, quien colgaba allí en la cerca. Breen, jefe del grupo de evaluación, el hombre que, Gale lo había dicho, podría decirle por qué había sido enviado a la Casa de las Alcas. Breen, el hombre que analizaba las evaluaciones psicológicas, que conocía cada perfil de los personajes sospechosos, comparándolos con los esquemas económicos, con los índices de diagnósticos sociales y Dios sabía qué más, lo cual lo capacitaba para tomar la decisión que permitiría que un hombre permaneciera en el mundo original como estaba o fuera eliminado.

Y ahora, pensó Latimer, era Breen quien había sido eliminado, más efectivamente de lo que él había hecho con cualquier otro.

Latimer había permanecido en el lugar en el que estaba cuando Sutton y él vieron por primera vez a Breen corriendo. Había quedado así inmóvil porque no podía decidirse con respecto a lo que debía hacer, inseguro de la relación que tenía o esperaban que asumiera con respecto a aquellas otras personas que todavía permanecían en los alrededores, muchas de las cuales estaban tan inseguras como él de lo que debían hacer.

Comenzó a sentirse en evidencia estando simplemente allí, aunque al mismo tiempo estaba seguro de que nadie se había percatado de él, o si lo habían hecho, lo habían descartado casi inmediatamente de sus pensamientos.

El y Sutton iban a ir a tomar un trago cuando todo había comenzado y, pensando en ello, Latimer se dio cuenta de que realmente lo necesitaba.

Con eso en mente, se encaminó hacia el edificio. Pocos le prestaron atención; algunos incluso le rozaron sin darse cuenta y otros le saludaron evasivamente, asintiendo levemente como cuando uno hace un gesto ante alguien de cuya identidad no está seguro.

El salón estaba casi vacío. En una esquina había tres hombres sentados a una mesa con las bebidas delante, una mujer y un hombre estaban acurrucados en un sofá apartado, sumidos en una conversación en voz baja; otro hombre estaba en el bar de sírvase—usted—mismo, llenándose un trago.

Latimer se dirigió hacia el bar y tomó un vaso.

El hombre que estaba allí le dijo:

—Debe ser nuevo aquí; no recuerdo haberle visto.

—Llegué hoy —contestó Latimer—. Hace sólo unas pocas horas.

Encontró el whisky, y su marca favorita no estaba entre las botellas. Eligió otra y se sirvió un trago generoso con hielo. Había varias bandejas con bocadillos y otras con canapés. Encontró un plato y se sirvió dos bocadillos.

—¿Qué cree que le ha sucedido a Breen? —le preguntó el otro.

—No lo sé —dijo Latimer—. Nunca lo conocí. Gale me lo mencionó.

—Tres —dijo el otro—. Tres en los últimos cuatro meses. Hay algo que no funciona.

—¿Murieron todos en la cerca?

—No, no todos. Este es el primero que muere allí. Uno saltó desde el piso trece. ¡Cristo, qué revoltijo! El otro se ahorcó.

El hombre se alejó para ir a reunirse con otro que recién había llegado al salón. Latimer permaneció solo, con el plato y el vaso en la mano. El salón estaba todavía casi vacío. Nadie le estaba prestando la más mínima atención. Repentinamente se sintió un extraño, una persona no querida. Todo el tiempo había estado sintiendo lo mismo, lo sabía, pero en el vacío del salón la sensación de no ser querido lo golpeó con fuerza anormal. Podía sentarse ante una mesa o en un grupo de sillas o al extremo de un sofá desocupado, esperando a que alguien se uniera a él. Le disgustaba este pensamiento. No quería conocer a esta gente, charlar con ellos. Por el momento, no deseaba estar con ninguno de los de aquí.

Alzándose de hombros, puso otro bocadillo en el plato, tomó la botella y llenó el vaso hasta el borde. Luego salió hacia el vestíbulo y tomó el ascensor hasta su piso.

En su habitación, eligió la silla más confortable y se sentó, colocando el plato de bocadillos sobre una mesa. Bebió un largo sorbo y dejó el vaso.

—Se pueden ir todos al infierno —se dijo a sí mismo.

Sintió que su fragmentado ego se unía nuevamente, todos los fragmentos dispersos entrando nuevamente en él, devolviéndole su integridad, su completo ego de nuevo. Sin ningún esfuerzo, desterró a

Breen y a Sutton, los acontecimientos de las últimas horas, hasta que fue simplemente un hombre sentado confortablemente en su habitación.

Un poder tan grande, pensó, tan grande y secreto. Manteniendo un mundo sojuzgado, planeando hacerlo con otros. La planificación, la previsión, la audacia. Cerciorándose que al trasladarse a otros mundos no habría ningún estúpido conservador ladrando en sus talones, ningún fanático del medio ambiente demandando un informe del impacto medio ambiental, ningún visionario desilusionado gritando en protesta contra los monopolios. Un poder que mantenía firmemente a la vista la fácil ética de negocios que había mantenido el poder desde aquel día cuando los arrogantes barones habían construido mansiones como las de la Casa de las Alcas.

Latimer tomó el vaso y bebió otro sorbo. Vio que tenía menos de la mitad. Debió haberse traído la botella, pensó; nadie se hubiera dado cuenta. Extendió el brazo y tomó otro bocadillo, comiéndoselo y tomando otro. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que comiera? Contempló su reloj y supo, incluso mientras lo hacía, que la hora que señalaba quizá no fuera la correcta para este mundo del Cretáceo. Le dio vueltas a este pensamiento, tratando de dilucidar si habría alguna variación de tiempo entre un mundo y otro. Quizá no la hubiera —lógicamente no debiera haberla— pero quizá hubiera factores... contempló de cerca la superficie del reloj, pero las figuras oscilaban y las manecillas no permanecían en línea. Bebió otro sorbo.

Se despertó en la oscuridad, entumecido y con una sensación de confinamiento, preguntándose dónde se hallaba. Después de un momento de confusión, recordó donde estaba, con todos los detalles de los últimos días cayendo en oleadas sobre él, al principio en piezas dispersas, luego correlacionándose sutilmente y entrelazándose en un esquema de realidad.

Se había quedado dormido en la silla. La luz de la luna filtrándose a través de la ventana mostraba el vaso vacío, el plato todavía con medio bocadillo sobre una mesa a la altura de su codo. El lugar estaba tranquilo; no se escuchaba ningún ruido. Debía ser la medianoche, pensó, y todo el mundo debía estar dormido. ¿O podría ser que no hubiera nadie en los alrededores, que de algún modo extraño, por alguna extraña razón, todos los cuarteles generales hubieran sido evacuados, vaciados de toda vida? Aunque aquello, lo sabía, era algo irracional.

Se incorporó rígidamente de la silla y se dirigió hacia la ventana. Debajo de él, el paisaje era de un color plata puro, empañado por sombras profundas. En algún lugar más allá de la cerca vislumbró una especie de movimiento, pero fue incapaz de descubrir lo que era. Algún animal pequeño quizá, merodeando allí afuera. Debía haber mamíferos aquí, estaba seguro; los pequeños patinadores, asustadas criaturas que eran

obligadas a mantenerse fuera del camino, sin haber tenido jamás la oportunidad de evolucionar como la habían tenido en el mundo original cuando algo había sucedido millones de años antes de que barriera al mundo de sus amos reptiles, creando un vacío en el cual pudieran expandirse.

El mundo de plata que se extendía afuera tenía una sensación de magia... la magia de un mundo completamente nuevo, todavía immaculado de las manos y las herramientas del hombre; un lugar limpio que no tenía ningún tipo de residuos. Si salía al mundo y caminaba por él, se preguntó, ¿haría su presencia, un humano que no tenía el derecho de hallarse allí, que sustrajera algo de la magia?

Fuera en el vestíbulo tomó el ascensor hasta la planta baja. Un poco apartado del corredor estaba el salón con la puerta que conducía al exterior. Caminando suavemente, aunque no podía explicar por qué lo hacía tan lentamente, ya que aquí no había nadie a quien pudiera despertar, entró en el salón.

Cuando estaba llegando a la puerta oyó voces y, deteniéndose en las sombras, escrutó rápidamente todo el salón para localizar a los que hablaban. Había tres de ellos sentados a una mesa que estaba en la parte más lejana de la sala. Sobre la mesa había vasos y botellas, pero no parecían estar bebiendo; se hallaban inclinados hacia delante, con las cabezas cerca, ensimismados en una intensa conversación.

Mientras observaba, uno de ellos se reclinó en su silla, hablando con enojo, su voz alzándose:

—Se lo advertí —gritó—. Se lo advertí a Breen y se lo advertí a usted, Gale. Y se rieron de mí.

Era Sutton el que hablaba. El hombre se hallaba lejos y la luz era demasiado pobre para que Latimer reconociera sus rasgos, pero estaba seguro de la voz.

—Yo no me reí de usted —protestó Gale.

—Quizá usted no, pero Breen lo hizo.

—No sé nada de Breen o de risas —dijo el tercer hombre—, pero hay muchas cosas que han estado fallando. No sólo estos tres suicidios. También otras cosas. Cálculos equivocados, procesamiento de información errónea, malos juicios. Todo revuelto. Tomad el fallo del generador del otro día. Estuvimos tres horas sin energía, la cerca sin corriente. Sabéis lo que eso hubiera significado si varios de los carnívoros grandes...

—Sí, lo sabemos —dijo Gale—, pero aquello fue un mero fallo técnico. Suele suceder. Quien me preocupa es este Latimer. Aquello fue una pura y completa chapucería. No había ninguna razón para enviarlo a la Casa de las Alcas. Costó muchísimo dinero hacerlo; una operación muy complicada. Y cuando llega allí, ¿qué sucede? Se escapa. Se lo digo, caballeros: hay demasiadas chapucerías. Más de las que pueden tolerarse para el curso normal de la operación.

—No sirve para nada tratar de cubrirlo, de convertirlo en un misterio —dijo Sutton—. Ustedes saben y yo lo sé también qué es lo que está sucediendo, y cuánto más pronto admitamos que lo sabemos y tratemos de descubrir qué hacer al respecto, mejor será. Si es que hay algo que podamos hacer. Estamos enfrentándonos a una inteligencia que puede ser tan inteligente como nosotros, pero de diferente modo. De un modo que no podemos enfrentar. Poder mental contra poder técnico, y en un caso como ese, yo apostaría al poder mental. Se lo advertí hace meses: traten a estos sujetos con guantes de seda; se lo dije. Piensen bien de ellos, porque quizá puedan saber qué es lo que están pensando. Yo creo que pueden hacerlo. ¿Y entonces qué sucede? Un grupo de estúpidos sale una tarde a cazar y, cuando no encuentran otras presas, utilizan a nuestros amigos para práctica de tiro...

—Pero eso ocurrió hace meses —dijo el tercer hombre.

—Se están probando —dijo Sutton—. Están averiguando lo que son capaces de hacer. Hasta dónde pueden llegar. Pueden parar un generador. Pueden mezclar las evaluaciones. Pueden forzar a los hombres a que se maten. Sólo Dios sabe qué más pueden hacer. Denles unas pocas semanas más... Y, de paso, ¿qué clase de idiotez particular persuadió al mundo original a situar la base de operaciones en un mundo como este?

—Se consideraron muchas cosas —dijo Gale—. En primer lugar, parecía un lugar seguro. Si alguna oposición trataba de atacarnos...

—Está loco —gritó Sutton—. No hay ninguna oposición. ¿Cómo podría haber alguna?

Moviéndose velozmente, Latimer cruzó la esquina de la sala y atravesó la puerta. Mirando por encima de su hombro, vio que los tres todavía estaban sentados ante la mesa. Sutton estaba gritando, golpeando la mesa con el puño.

Gale le estaba chillando, su voz alzándose por encima de los gritos de Sutton:

—¿Cómo demonios podríamos haber sospechado que habría inteligencia aquí? Un mundo de estúpidos lagartos...

Latimer avanzó tambaleándose a través de la terraza pavimentada de piedra y descendió rápidamente los pocos escalones que lo conducirían al césped. El mundo todavía era un mundo de magia plateada, con una luna llena atravesando un cielo sin nubes. Había una especie de suavidad en el aire, de limpieza.

Pero él apenas se daba cuenta de la magia y de la limpieza. Una cosa atronaba en su cerebro. ¡Un error! El no debió haber sido enviado a la Casa de las Alcas. Aquí había habido un error de cálculo. Debido a la maquinación mental de una inteligencia reptil de este mundo donde el Cretáceo no había acabado, él había sido trasladado del mundo original. Aunque la culpa, se dio cuenta, no residía en este mundo, sino en el mismo mundo original... en el esquema que había sido tramado para resguardar al mundo original y a

los mundos alternos, a salvo más allá de toda pregunta, a favor de los intereses financieros del mundo original.

Caminó a través del jardín y alzó la vista hacia la colina norte. Una línea de figuras acuclilladas estaban sentadas allí, una larga fila de rechonchas figuras reptilesas contemplando solemnemente a los invasores que se habían atrevido a profanar su mundo.

El se había preguntado, recordó Latimer, cómo un hombre solo podría lograr acabar con el proyecto del mundo original, sabiendo perfectamente que nadie podría hacerlo, quizá que ni siquiera ninguna combinación concebible podría.

Pero ahora ya no tenía que preguntarse más. En tiempos venideros, más pronto o más tarde, le llegaría el fin. Quizá para ese entonces la mayoría del personal que se encontraba aquí hubiera sido transferido a la Casa de las Alcas o a otras estaciones, huyendo de este planeta condenado. Quizá en los años venideros se establecería otro centro de operaciones en algún otro mundo más seguro, y el proyecto continuaría. Pero al menos se ganaría algún tiempo para la raza humana; tal vez el proyecto se abandonara. Ya había costado incalculables billones. ¿Cuánto más estarían dispuestos a invertir los directivos del mundo original? Ese era el punto crucial del asunto, lo sabía, era el punto crucial de todas las cosas en el mundo original: ¿Valía la pena el precio?

Se giró un poco para contemplar directamente la colina y a aquellos que estaban agazapados allí. Solemnemente, David Latimer, de pie en la mágica luz lunar, alzó un brazo en saludo hacia ellos.

Sabía, incluso mientras lo realizaba, que era un gesto inútil, un gesto para sí mismo más que para esas figuras rechonchas sentadas en la colina, que no lo verían o no lo entenderían. Pero aún así, era importante que lo hiciera, era importante que él, un humano inteligente, pagara una medida de sincero respeto a una inteligencia de otra especie, en reconocimiento a su creencia de que un código ético común podía ser compartido.

Las figuras en la cima de la colina no se movieron. Lo cual, se dijo, no era más de lo que había esperado de ellas. ¿Cómo lo sabrían, por qué se preocuparían de lo que él instintivamente había tratado de comunicarles, sin esperar realmente una comunicación, pero al menos tratando de realizar un signo, aunque no fuera más que para sí mismo, que demostrara el sentido de camaradería que él, en este momento, sentía por ellos?

Mientras pensaba en ello, sintió que lo rodeaba una calidez, englobándolo, envolviéndolo como cuando había sido un niño, y con memoria turbia recordó a su madre colocándolo cómodamente en la cama. Entonces comenzó a moverse, a ser alzado e impelido, la alta cerca protectora debajo suyo y la superficie de la gran colina deslizándose debajo de él. No sintió terror porque parecía hallarse en un estado somnoliento que le inducía a creer profundamente que lo que estaba sucediendo no ocurría y que, en consecuencia, nada podía herirlo.

Estaba frente de las oscuras y agazapadas criaturas, todas sentadas formando una fila, y aunque estaba somnolientamente confundido, podía verlas claramente. No eran una visión muy agradable de contemplar. Eran tan rechonchas y malformadas como lo habían parecido cuando las vio a distancia. Sus cuerpos eran un montón de carne sin gracia, los detalles vagos aún bajo la luz de la luna, pero nunca olvidaría los rostros. Tenían el agudo triángulo del cerebro reptilesco, la crueldad de la agudeza suavizada por sus líquidos y compasivos ojos.

Contemplándolas, se preguntó si realmente se hallaría allí, si las estaba observando, tal como parecía, o si tal vez estaba todavía de pie en el jardín del terreno, mirando hacia la colina a las siluetas acuclilladas, las cuales parecían ahora estar tan solo a unos pocos centímetros debajo suyo. Trató de sentir la tierra bajo sus pies, apretarlos contra el suelo, en un esfuerzo consciente de orientarse, pero no pudo sentir nada.

No eran criaturas pavorosas y no había nada horrible alrededor de ellas, simplemente un ligero desagrado. Estaban acuclilladas en su hilera rechoncha y lo contemplaban a través del suave líquido de sus ojos. Y él sintió, en alguna extraña forma que no pudo reconocer, su presencia. No como si estuvieran extendiendo sus miembros para tocarlo —temiendo que, si lo tocaban, se apartaría de ellos— sino con otra clase de aproximación, como si estuvieran filtrándose a través suyo, del mismo modo que uno puede introducir agua en una botella; filtraban una esencia de sí mismos.

Entonces le hablaron, sin voz, sin palabras, con nada que él pudiera reconocer... quizá, pensó frenéticamente, hablaban con esa esencia suya que le estaban filtrando.

—Ahora que nos hemos encontrado —dijeron—, te enviaremos nuevamente de regreso.

Y él regresó.

Estaba al final del camino pavimentado con ladrillos que conducía hacia la casa, y detrás suyo oís el húmedo y ventoso susurro de un bosque primaveral, con dos búhos ululando guturalmente entre los árboles. Unas pocas ventanas de la casa estaban iluminadas. Grandes robles crecían en la extensión de césped, y bajo los árboles había exquisitos bancos de piedra que tenían el aspecto de no haber sido utilizados nunca.

La Casa de las Alcas, se dijo. Lo habían enviado de regreso a la Casa de las Alcas, y no de vuelta al campo que había detrás de la cerca en aquel otro mundo donde el Cretáceo no había terminado.

Dentro suyo sentía el exuberante borboteo de la esencia que aquellas agazapadas monstruosidades habían filtrado en su ser, y de esto había obtenido conocimiento y confort.

¿Policías, se preguntó, o quizá árbitros? Criaturas que vigilarían los esfuerzos de aquellos empresarios que buscaban tener el monopolio de

todos los mundos alternos que habían sido abiertos para los humanos, y quizá para muchas otras razas. Vigilarían y encauzarían , asegurándose de que los mundos no se convirtieran en una presa para los conceptos financieros multinacionales de la raza que los había abierto, sino que fueran la herencia y el derecho de nacimiento de aquellas pocas personas inteligentes que habían evolucionado en esta gran multiplicidad de mundos, viendo que estos fueran utilizados en un contexto mucho más sabio de lo que había sido el mundo original por los humanos.

Sin dudar en ningún momento de que podría y sería hecho, sabiendo con certeza que ocurriría, que en los años venideros el hombre y otras inteligencias vivirían en los mundos paradisiacos que Sutton le había mencionado, y en todos los otros mundos que aguardaban ser usados con un entendimiento que la raza humana había desechado. Y siempre con esos extraños y rechonchos seres éticos guardianes que se sentarían en muchas colinas para mantener su vigilancia.

¿Se podría confiar en ellos?, se preguntó, y se avergonzó por dudarlo. Ellos lo habían contemplado a los ojos y le habían filtrado sus esencias y lo habían hecho retornar aquí, no al campo del Cretáceo. Habían sabido cuál era el mejor lugar para él, y sabrían todo lo demás.

Comenzó a andar por el camino, sus zapatos repiqueteando en los ladrillos. Cuando llegó ante la escalinata, la puerta se abrió, y allí estaba el hombre con la librea.

—Llega un poco tarde —dijo el mayordomo—. Los otros lo esperaron, pero ahora acaban de sentarse para cenar. Estoy seguro de que la sopa estará a punto.

—Lo siento —dijo Latimer—. Me vi retrasado inevitablemente.

—Algunos de los otros pensaron que debían ir a buscarlo, pero el señor Jonathon los disuadió. Dijo que usted se hallaría perfectamente. Dijo que tendría sensatez. Que volvería.

El mayordomo cerró la puerta detrás de él.

—Todos estarán muy felices de tenerlo de vuelta —dijo.

—Gracias —dijo Latimer.

Caminó, tratando de no apresurarse, aplacando la felicidad que sentía hervir en su interior, en llegar hasta la puerta de la cual provenía el sonido de risas alegres e ingeniosa conversación.